

CRITICA

MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

AÑO I — BUENOS AIRES, MAYO 26 DE 1934 — No. 42



★ *Negro, Sirviente y Gobernador* ★



LUIS XV hizo GOBERNADOR de una de sus GRANDES POSESIONES a un NEGRITO SIRVIENTE de su AMANTE Mme. DUBARRY a la que el NEGRO denunció después al TRIBUNAL REVOLUCIONARIO que la guillotinó.



En el MUSEO de FILADELFIA están, disecados, los únicos ejemplares que se han podido hallar hasta ahora de OSO PANDA, de la CHINA OCCIDENTAL.

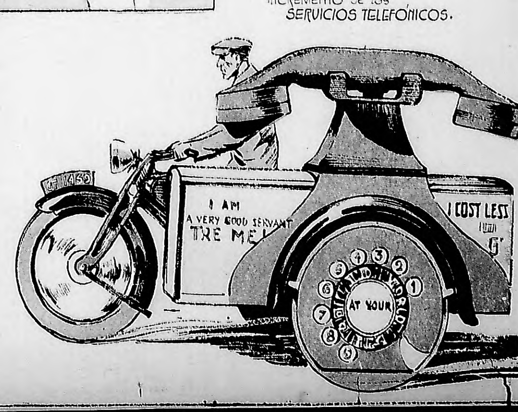
★



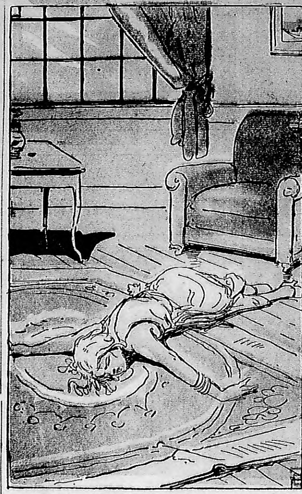
La FRAGATA francesa "MEDUSA" fué enviada en el SIGLO ÚLTIMO para llevar funcionarios del GOBIERNO y COLONOS a SAN LUIS del SENEGAL; ni el COMANDANTE ni el SEGUNDO eran PERITOS en NAVEGACIÓN; desoyeron los consejos de los TRIPULANTES y se fueron a PIQUE al doblar un CABO. Se salvaron en un ARRECIFE 150 de la tripulación, que construyeron con los restos de la nave una BALSA; cuando la BALSA llegó a tierra, solo quedaban VIVOS 6.



Por las CALLES de LONDRES, circulan MOTOCICLETAS con la FIGURA de los TELÉFONOS modernos, para hacer PROPAGANDA por el incremento de los SERVICIOS TELEFÓNICOS.



El Espanto del Gato



13 DE ENERO DE 1907

ESTA noche escribo solo en mi cuarto: solo en la casita en que vivo, ubicada en la terminación del "faubourg" tolonés donde voluntariamente puse cerco a mi vida. Cuando ronda el hastío, cuando el cuerpo siente la fatiga que provoca una constante agitación — esa agitación vana y dolorosa de los hombres — la vejez llega mucho antes de la edad. Es mi caso. No tengo cincuenta años y mis cabellos son ya de nieve, y mis pensamientos de ceniza...

Escribo solo en mi habitación. Solo... no del todo: mi gato negro se halla junto a mí. Duerme, hecho un ovillo en su sillón semejante a mi sillón — dos grandes asientos pesados, revestidos de terciopelo leonado. Mi gato negro se llama Kara-Kédi, que en turco significa, precisamente Gato Negro. No creáis que todo ello sea obra de la imaginación. Kara Kédi es natural de Turquía, nacido en Estambul, en el barrio santo de Eyoub.

Esta noche, Kara-Kédi duerme profundamente sobre su confortable sillón. Lo que hace que me encuentre verdaderamente solo en mi habitación, solo en mi pequeña casa.

❂

Es, mi pequeña casa, una casita rodeada por un jardincito. A derecha e izquierda, se ven dos jardincitos semejantes, rodeando también a casuchas semejantes. Mi vecino de la derecha es un viejo marino muy sucio, muy cortés y muy sordo. Mi vecina de la izquierda es una ramera joven, muy bonita y muy sencilla, que ríe, siempre a carcajadas y hace tintinear sus pulseras brincando alegre en el jardín amarillo bajo el sol. Recibe la mar de amigos y mucho me temo que no siempre sea para darles a besar solamente sus manitas. Mas eso no es de mi incumbencia. Y no molestan con ruidos intempestivos.

De noche, un absoluto silencio reina en todo el barrio. Un silencio tal, que oigo el mar, aun cuando está en calma, acariciar blandamente las rocas de la costa. Pues el mar no está lejos de mi casa. Lo vería desde mis ventanas, si fueran ellas menos bajas. Entre mi vista y el mar, como pantallas, están las cabañas de los pescadores.

Hoy, nada percibe mi oído — ni siquiera la caricia de las olas — todo está en calma. Ni un hálito de brisa en el aire, ni una onda en el agua. El mar y el viento duermen; duermen como Kara Kédi, mi gato negro.

Kara Kédi, inmóvil sobre su sillón de terciopelo, semeja un gato de bronce. No se ven ni sus patas, ni su cola, ni la forma exacta de su cabeza: todo ello replegado, ordenado, oprimido, bajo la opulenta piel color de tinta. Kara Kédi es un gato enorme, quizá el más grande que haya visto en mi inquieta vida. Mas, no creáis que sea un gato grueso, un animal regordete y deformado, eternamente somnoliento: pero, pensad, si, en un gato mucho más largo, ancho y elevado sobre sus patas más de lo que son ordinariamente los gatos domésticos. Cuando Kara Kédi, con su paso grave y flexible, atraviesa mi jardincito para ir a soñar bajo la higuera que se halla en el otro extremo, mi vecina, la joven ramera, casi tiene miedo; y, no sabiendo de zoología lo suficiente como para conocer las panteras negras, cree que Kara Kédi es un osezno.

★

Escribo... gran tranquilidad me rodea, en la habitación cerrada y en la casa, y en el jardín, y en la noche toda...

Mi pluma no tiene más tinta, alargo el brazo hacia el tintero... ¡Ah! Kara Kédi ya no duerme. Su cabeza acaba de surgir súbitamente de entre la piel oscura. Esta cabeza, erguida y atenta, mira hacia la ventana, negra entre las sombras de la noche. Y las agudas orejas escuchan...

POR
CLAUDE FARRERE

ILUSTRACION DE ROJAS

—Kara Kédi, gato mío! ¿ves algo extraño, insólito detrás de esa ventana?

Kara Kédi, inmóvil y silencioso, me hace un guiño con las orejas, para indicar que me comprende, pero me ruega callar. Sin duda es inoportuno mezclar ruidos ociosos a los ruidos lejanos y casi mudos, que Kara Kédi acecha...

Oh! oh! las cosas se complican... Kara Kédi ha terminado muy de veras con el sueño. Un resorte se afija en el lomo encorvado. Kara Kédi, de pie sobre sus cuatro patas, baja la cabeza y la cola larga, desdeña hasta la milenaria tradición de los gatos que se despiertan: Kara Kédi olvida desperezarse. En verdad, la situación es grave... desde el punto de vista gato, se entiende...

Muy grave! Kara Kédi se baja con cautela, del sillón de terciopelo y se dirige hacia la ventana, resueltamente. Kara Kédi no saltó del sillón al piso: se alargó, músculo tras músculo, hasta tocar el suelo con una pata, luego con la otra, y así consecutivamente...

Es evidente que un silencio absoluto es de rigor. El hocico de Kara Kédi toca ahora el vidrio que le inquieta. Y he aquí que, con extrema lentitud, Kara Kédi gira sobre sí mismo, y hace frente al muro de la izquierda. En este momento, mi gato negro se destaca de perfil sobre el fondo negro de la ventana, y no sería un dibujo muy claro si el pelo de Kara Kédi, bruscamente erizado, no pensara emitir, como en los peores días de tormenta, una miríada crepitante de chispas eléctricas.

—Gato mío! vamos!... vamos!... ¿qué pasa?...

—Mía!...

Ni siquiera es un maullido: es una exclamación de impaciencia. Kara Kédi, tan cortés otras veces, se irrita nerviosamente por mi charla. Me doy por aludido. Punto en boca...

Los ojos de Kara Kédi miran con reluciente fijeza el muro de la izquierda. Esos ojos son dos llamas verdes de un brillo intolerable. Kara Kédi, repentinamente, los vuelve hacia mí, y... es estúpido!... mas, no puedo dejar de sentir un confuso, supersticioso malestar...

Kara Kédi, fosforescente desde la cola hasta el bigote, se aparta ahora de la ventana, y se desliza oblicuamente por todo el largo de la pared de la izquierda, como si siguiera, paso a paso, no sé qué cosa inquietante, lentamente paseada tras de esa pared... Kara Kédi no olfatea: sólo escucha, y mira, mira con todos sus ojos... La pared está tapizada con papel gris común y en donde mis ojos nada ven de extraordinario, absolutamente nada... ¡Oh!...

Kara Kédi, con una espantosa sacudida de todos sus músculos, da un salto atrás! y da vueltas, enloquecido, la cola tiesa. Busca por dónde huir. Un incomprensible espanto trastorna su juicio. Su pensamiento, hasta su memoria, vénse derrotados: olvidó que estoy ahí, yo, el refugio acostumbrado y seguro. Es sólo al cabo de un largo rato, recién cuando su mirada enloquecida encuentra, por casualidad, mi mirada, que se acuerda de mi presencia. Y entonces, con un arranque de animal acosado, se echa sobre mí, se acurruca con desesperación, no sobre mis rodillas, sino en mis brazos, contra mi pecho... Su cabeza, volcada sobre mi cuello, no se decide a dejar de mirar la pared de la izquierda, la pared terrible...

Y yo tengo miedo. Este gato aterrorizado me clava su terror hasta la médula. Tengo miedo. Yo tampoco puedo apartar mis ojos del muro revestido de papel gris, del muro tras el cual sucede algo que ni me atrevo siquiera a imaginar. Kara Kédi se estremece y tirita, no obstante el escudo que forman mis dos manos, ceñidas a su cuerpo. De repente, el asunto se torna mucho más horrible: Kara Kédi, zafándose de mi abrazo, salta tres veces, y cae en una convulsión. Gritos roncos desgarran su garganta, gritos que no se asemejan a sus maullidos familiares, como no se asemeja a la voz humana el ruido siniestro que se produce en la garganta de los epilépticos durante la crisis...

Entre mis pulmones sofocados, mi corazón se para en seco. Empuño mi revólver, y apunto a la pared de la izquierda, quien, seguramente, va a entreabrirse...

★

14 DE ENERO

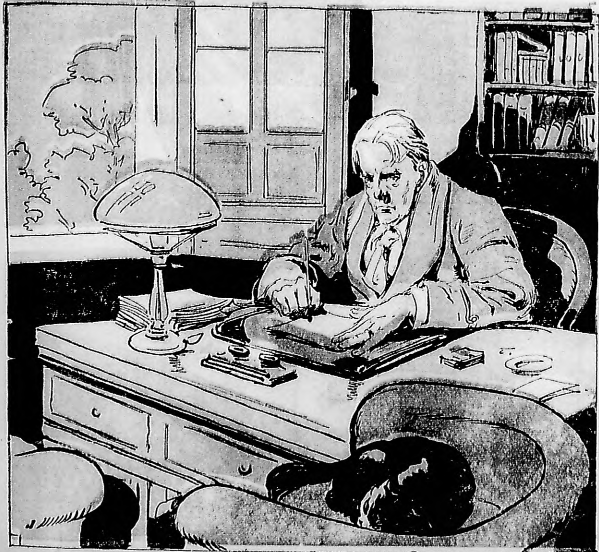
Han acesinado, durante la noche, a mi pobre vecinita, la linda ramera cuyas pulseras tintineaban tan alegremente en el jardincito amarillo bajo el sol...

Nadie comprende nada de este crimen. El asesino no ha robado: el lastimoso cadáver carga aún todas sus alhajas... Más todavía: no hubo lucha, ni violencia. Un solo alfiler de oro, muy largo, fué clavado debajo de la quinta costilla... Solamente, los ojos de la muerta, bien abiertos, están dilatados por un terror tan espantoso que es imposible describir...

★

Kara Kédi, que me ha seguido a la cámara mortuoria, da una sola ojeada al cadáver. Evidentemente, para Kara Kédi, el cadáver no resulta interesante. Kara Kédi me mira largo rato y fijamente.

Luego sale de la casa, atraviesa los dos jardincitos con andar pensativo, y se va a soñar sobre una rama de la higuera, soñar o recordar.



No Hubo Nada que Hacer



Cuento Mendocino

POR
Ramón Francisco Morey

Ilustración de Rechain

ESE cielo!...

—Tiempo 'e porquería — murmuró el hombre.

Del lado de la montaña soplaba un viento frío, mordiente, hostil, que afligía la tierra y el aire, atormentaba a los sembrados y estremecía las trincheras de árboles. En el cielo quedaban restos de nubes que se movían perezosamente, descubriendo y ocultando una luna amarillenta y triste. El campo parecía dormir. Los viñedos se sucedían unos a otros, en interminables cuarteles, delimitados por altas barreras de álamos y acacias, y sólo interrumpidos por algunos potreros en flor.

Silverio Cardoso estaba solo aquella noche. Parado junto a la compuerta del canal, vigilaba su agua, que se desparramaba precipitadamente por las acequias, con una especie de rugido y luego se internaba por los surcos de la viña vivazmente, alegremente, con un chapoteo claro.

Estaba contento. Su viña recibía el beso del agua. Los surcos, hacía poco removidos, descubrían una tierra pura y espesa que tragaba ávidamente el líquido, y los granos recién comenzaban a apuntar vigorosos y compactos en los pequeños racimos grávidos, prometiendo un fruto opulento.

El frío lo tenía algo inqueto al hombre. Sentía que su grueso chaquetón era impotente para contenerlo; que los pies se le helaban a pesar de las gordas medias de lana. La brisa parecía cribarle las carnes con miles de agujas invisibles y le cortaba los labios.

Y no había ningún resguardo allí: el frío le pellizcaba, le taladraba rabiosamente los brazos, las piernas, la espalda, el pecho, hasta llegar al hueso. El hombre ejecutaba movimientos desordenados y alejábase y volvía a grandes zancadas para entrar en calor. Todo inútil.

Pero no era esto lo que preocupábale en realidad. Inquietábale aquello: el cielo, las nubes. Mientras hubiese nubes no había que temer.

No había nada que hacer. Las nubes se marchaban poco a poco y el viento amainaba. En escasos minutos la bóveda quedó limpia, diáfana, azul, sin más habitantes que las estrellas y la luna.

—¡Gran flauta, con la noche!...

Sin embargo, no creía en la helada a esa altura del año. Ya estaba a 15 de noviembre y no tenía recuerdo de que hubiese helado nunca para esa fecha. Recordaba, eso sí, que cuando él era apenas un humilde contratista, había helado para los fines de octubre, cuando la cosecha se presentía espléndida. ¡Tiempo del diablo! ¡Cómo habían quedado los sembrados, entonces! Nada se había salvado: ni maizal ni potrero, ni viña ni pomar. Nada respetó la ola de frío inclemente, ninguna flor, ningún pámpano, ni una humilde brizna. Al día siguiente todos los campos amanecieron negros y desolados. ¡Vaya si lo recordaba! Aquella noche, lo mismo que ésta, era extraordinariamente fría y luminosa, de cielo claro y traidor.

Si ahora se llegara a repetir el desastre — pensó — ¡qué descalabro para él! ¿Sólo para él? Bueno, pero él tenía que pensar en él y nada más.

—¡Allá los otros!—se dijo avariciosamente.

Hacía sólo dos años que estaba en posesión de ese pequeño pedazo de tierra, de esas seis hectáreas que cuidaba afanosamente, penosamente a veces, imponiéndose, en más de una ocasión, sacrificios brutales, guardando aún a escopeta que no le robaran el agua, luchando contra las pequeñas pestes que solían atacar a las vides y combatiendo al salitre voraz, injertando en los mugrones machos las mejores variedades de uvas, podando, sulfatando, cubriendo y destapando las araduras. Era un enamorado de su finca, en la que se deslomaba.

Sacudió los hombros como para quitarse de encima una preocupación molesta. Miró la hora. Las dos menos cuerto. Tenía aun quince minutos de espera hasta que acabase su turno de riego.

Luego renovó sus paseos. Su vista posábase en el espejo fugitivo de las aguas que se perdía a lo lejos, repartido en múltiples cintas azogadas. El tajamar, distante, atrás de la línea de carolinos, rugía.

Pero, al alzar de nuevo la cabeza detúvose sorprendido, ofreciéndose a su vista un espectáculo fantástico e inquietante. En las fincas vecinas notábase un rumoreo creciente de voces de alarma, de carreras apuradas, de preparativos febriles. Silverio Cardoso se dió cuenta de que lo que preveía era casi un hecho.

Sí, oía los gritos distantes: "¡La helada! ¡La helada!"

El ruido de voces y galopes humanos aumentaban en la noche absorta. Pronto se vieron teas encendidas por todas partes, incendiando la campiña y un vasto hálito vegetal y de petróleo difundióse por el aire. Luego comenzaron a arder las grandes hogueras, con llamas violentas y audaces, haciendo crepitar los leños, despidiendo haces de chispas blancas y bermejas, lanzando columnas de humo grácil y ligero. Después, todo fué humo, humo espeso, de plomo, que remolineaba un instante entre los sembrados y luego se dividía en ágiles tropillas, que perdíanse en el azul.

Silverio Cardoso bien sabía que cuando se hacían aquellos preparativos era porque la helada estaba encima. Tendió una mano en el aire de hielo, queriendo auscultar la temperatura. Buen conocedor de la naturaleza, presto se dió cuenta de que el desastre era inminente, de no conjurarse rápido.

Ninguna brisa corría ya.

Encaminóse con paso ligero hacia la casa, allá al final de su feudo, donde columbraba las llamas serenas de las lámparas de carburo. Mientras caminaba prado y collados pardos a su frente, lomas esmeralda atrás— con el rostro contraído por el temor, lívido por el aire punzante, veía aumentar las fogatas a lo lejos.

★

Silverio tomó una de las lámparas y la acercó al termómetro, colgado de la pared. Todos sus temores se confirmaron entonces. A la luz de la llama indecisa vió que la línea mercurial marcaba una cifra, un argumento irresistible, sin réplica, terminante: dos grados bajo cero.

Pensó entonces en la defensa, en la única esperanza de poder salvar su viña: el humo. Este quizá pudiera disminuir el rigor del frío, ahuyentar la ola implacable. Oponiendo escuadrones de fuego, bastiones de llamas, espesas ciudadelas de humo, por unas horas, a la helada ese enemigo invisible que nunca se sabe cuándo llega—se podría rechazar su ataque.

Pero su esperanza duró poco.

En el corral apenas tenía unas míseras hacinas de sarmientos secos y ni una media carrada de guano. ¿Qué le podían significar estos elementos? Nada, cinco minutos, diez minutos de resistencia, y después... como al principio.

¡Si por lo menos tuviese petróleo!...

Desalentado, sólo confiaba ahora su salvación en un milagro, en que la helada no tocase su predio, en que pasase de largo o dando un rodeo, como tantas veces había ocurrido. ¡Se habían dado tantos casos asombrosos de que la helada agarraba, por ejemplo, un gran paño y de que la parte del medio quedaba intacta!

También había visto que en ocasiones como ésta o cuando caía una granizada, los contratistas italianos colocaban en las viñas grandes imágenes de vírgenes y santos protectores.

Y los sembrados salían indemnes.

A él también le había recomendado su mujer que hiciera lo mismo, que paseara por las hileras la hermosa Virgen que tenían, cuando el tiempo se mostraba malo.

El le replicaba con bravatas:

—No me vengás con santurronerías —decía—. Déjalos a los gringos con sus madonnas y santos. Lo mío se salvará solo o se lo llevará el diablo.

No decía esto porque no creyera. Tenía uno de esos respetos sumisos, concluyentes, definitivos, por todo lo que se relacionaba con Dios, pero en cuestiones de agro jamás les hizo mayores concesiones a toda la grey de santos menores, a toda la beatería de los almanaques de farmacia.

Su lucha contra el agrio terrón, ese despenamiento, ese fatigarse en el tablero de la tierra, ¿debían ser renunciados para ponerse bajo la advocación de un pedazo de talla? ¡No, y mil veces no!

Sin embargo, en este instante de desaliento concebía que la fe —una fe poderosa y sin restricciones— pudiese obrar un milagro. No podía resignarse a creer, después de todo, que aquellos fenómenos ocurriesen sin una intervención divina, por simple capricho de la naturaleza. Fuerzas superiores, quizá, fuerzas que salían de lo ignoto, debían regular todos esos hechos que él designaba con el cómodo nombre de casualidad. Algún soplo ultraterreno debía regir tales misterios.

Y luego, aquel cielo claro...

★

¿Fué la vista de las hogueras impetuosas que ardían en todos los contornos lo que le decidió? ¿O era sólo un arranque místico hecho con cálculos? Vaya uno a saberlo. Quizás el temor y el cálculo estaban anejados en la decisión de Silverio Cardoso.

Alumbrándose con la lámpara, llegóse a una de las estancias. Cuando pasó la puerta, una grata sensación de calor le acarició el cuerpo. De la habitación, cerrada casi todo el día, desprendíanse vahos de embutidos puestos a secar. Unos gansos que, corridos por el frío, habíanse refugiado en los rincones, abrieron los ojos, asustados por la brusca claridad que invadió la estancia y se pusieron a chillar. Luego se rehizo el silencio.

En un ángulo, descansando sobre un improvisado pedestal rústico, estaba la Virgen. Era una imagen de nogal macizo, bien tallada, de unos ochenta centímetros de alto. Llamaba la atención su hermoso rostro, de finos y bien proporcionados rasgos, y sus ojos grandes y asombrados. Un manto violeta la cubría enteramente, dejando al descubierto nada más que sus manos, blancas como flor de albérchigo.

Silverio Cardoso dejó la lámpara sobre una mesa y tomó la imagen por la base. Le pareció ligera. "Unos 20 kilos", calculó.

Al salir, luego de unos minutos de reparo bajo techo, el frío lo sobrecogió haciéndole tiritar.

Recordando sus bravatas pensó en la esposa. ¡Vaya el titeo si lo viera así!

Un último sentimiento de duda lo asaltó.

Bueno, ¿se decidiría o no?

Movió despectivamente los hombros y metióse por la viña. Caminaba pausadamente, sosteniendo en alto la imagen. Los primeros tramos los hizo con toda felicidad, pero a poco comenzaron las dificultades. Los pies se le encharcaban entre los surcos húmedos y resbalaba, ejecutando movimientos grotescos para conjurar la caída. Al saltar un bache casi se descrisma. ¿Cómo se le había ocurrido tomar por los surcos en vez de hacerlo por los callejones, que estaban secos? Las caídas no las precisaba ya. El chaquetón, los burdos pantalones, sus manos, la misma imagen ostentaban innumerables pintas de barro. Para colmo, una de las zapatillas se le quedó enfangada. Dejando la talla en el suelo, apoyada en una estaca, cinco minutos estuvo forcejeando para ajustársela. Ahora, al caminar, la zapatilla, húmeda, emitía un "¡chac!, ¡chac!" que lo exasperaba.

¿Cuándo llegaría la mañana? Tomó de nuevo la imagen y siguió su marcha. Sostenido en una especie de equilibrio inestable, había recorrido las dos primeras hileras del viñedo, largas de doscientos metros, con el gesto sufrido de un asceta. Más de cien filas así tenía que hacer todavía.

Al llegar a la décima tuvo que parar un momento, pues la carga era pesada. Mientras, miraba las vides para ver si el frío había dejado sentir sus efectos sobre ellas. Nada, los pámpanos se mantenían erguidos, el pequeño fruto se conservaba lozano; la vida, en fin, seguía palpitando en ellas. La esperanza le iluminó el rostro.

Extinguíanse algunas hogueras y presto se alzaban otras, más firmes, más vivas, y el humo, ya débil, ya espeso, se dilataba por toda la llanura.

A eso de las cinco de la mañana estaba en la mitad de su procesión y los brazos le dolían atrozmente, como si en cada uno de ellos soportara un quintal, pero ningún quebranto había sufrido su fe. Estaba decidido a cumplir hasta el final. Habíase tomado varios descansos y de vez en cuando echaba un vistazo subrepticio a la viña.

El alba se insinuaba en el horizonte con líneas de malva y violeta, con estrías de berilo y ópalo, con incendios pálidos y bermellón. Los gallos lanzaban desde hacía tiempo sus primeros cantos y ya había pájaros que animábanse a hendir el aire brutal, dejando escapar pequeños chillidos.

Se distinguía perfectamente todo el enjambre humano que luchaba en la campiña contra el embate de la naturaleza: hombres que corrían alimentando sin cesar las piras.

Antes de que apareciese el sol comenzó a soplar una brisa suave, que fué haciéndose más ruda, que fué aumentando gradualmente junto con el frío de la madrugada. Las plantaciones gemían.

Silverio advirtió que ahora empezaba el baile. Si su viña aguantaba, estaba salvado. Habíase detenido, sin desprenderse de la imagen y examinaba los racimos con los ojos dilatados por la emoción.

Un rápido examen lo convenció de que no había nada que hacer.

Las hojas, los pequeños tallitos, el minúsculo grano, se cubrían rápidamente de una escarchilla blanca, leve, fina, penetrante, devastadora.

Indignado, furioso, arrojó lejos de sí la imagen, que cayó entre los surcos con un ruido pesado. Y quedóse allí rabioso, muerto de frío, de sueño y de cansancio, con la mirada errante, estúpida, perdida en los campos cubiertos de bruma.

Cuando el sol iluminó la llanura, el desastre se precipitó en forma rápida, tan pronto como las plantas tomaron un poco de calor. La escarchilla se evaporó levantando una niebla entre blanca y grisácea que se arrastraba a ras del suelo por todos los campos en una extensión de kilómetros y kilómetros; las plantas crepitaron, se marchitaron, quedaron sin vida en pocos minutos. Todo, todo, quedó espantosamente negro, horriblemente quemado, salvajemente mutilado y caduco...

Muy distantes, muy lejos los gallos seguían dando el alerta de la mañana, y en los potreros ya silbaba la perdiz. El cielo era de nuevo de un azul glorioso, y allá, atrás de la línea de carolinos, el tajamar todavía arrastraba su canto de agua y guijarros.

Entretanto, sobre los surcos inútilmente regados yace la Virgen: ojos siempre pávidos y las manos ligeramente manchadas de barro.

ELOGIO DEL OMBÚ

SINTIO profundamente la afición a los bellos árboles Hipólito Taine, y buceó con mucho acierto la psicología de los que los aman cuando dijo: "Las almas apasionadas y concentradas poseen un hondo sentimiento de las bellezas de la Naturaleza". Cuando este sentir se inclina al amor a los árboles del suelo natal, adquiere, entonces, la solemnidad de un culto.

Poco ha se eligió, por medio de un plebiscito, un árbol cual símbolo de la flora argentina. Fué elegido el lapacho, árbol de la región de los bosques subtropicales. Creo que la decisión fué injusta para el ombú, el más significativo de nuestros árboles. Asimismo lo fué el veredicto para el algarrobo, árbol siempre verde del orden de las leguminosas y de la familia de las mimosáceas, cercano hermano del aromo, del ñandubay y del calden, de tronco tortuoso, de ocho a diez metros de altura, dotado de copa de ramas irregulares y tortuosas, cuyas hojas pinadas persistentes son lustrosas y coriáceas, y las flores del cual son purpúreas. El Prosopis dulcis, así designado en la nomenclatura botánica universal, por la dureza de su madera y su fruto, la algarroba, constituída por una vaina azucarada y comestible, de color castaño, es considerado por muchos de los admiradores de su fortaleza, como lo que correspondería al roble en el continente austral.

Si fuera llamado a decidir entre estos juicios varios, me decidiría a erigir en árbol simbólico de la Argentina al ombú, porque él es el solitario habitante de las pampas, el accidente geográfico más característico de la tierra patria.

Arbol patricio el ombú, pertenece al orden de los Centrospermas, y particularmente a la familia de las Fitolacáceas que comprende árboles y plantas herbáceas, de hojas aisladas y enteras, y flores hermafroditas, muy a menudo unisexuales.

De cuantos árboles crecen en el agro nativo, el ombú es el que se lleva la palma de la estimación y del afecto populares. Ostenta por estas latitudes la belleza y el simbolismo del roble en Europa, aunque difiere de aquél en todo sentido; sólo hago alusión a su popularidad al compararle con el monarca arbóreo de los países templados. Arbol longevo, el ombú tiene una presencia llamativa a causa de sus gruesas raíces deformes que salen a flor de tierra, su anchísimo tronco de corteza gris verdosa y su espeso follaje. Manifiesta el ombú la peculiaridad que tienen las flores de cada sexo en pie separado; esta propiedad se designa con el vocablo de origen griego dioico, adjetivación que significa en el idioma antes mentado, "dos casas", esto es, que posee los órganos sexuales separados en árboles distintos; a esta particularidad débese que el ombú se levante siempre solitario y jamás en monte.

No es este señor de las soledades campestres, planta de gran altura, suele alcanzar tan sólo de 10 a 12 metros de altura.

Han comprobado los botánicos que la edad de los árboles puede inferirse de las capas concéntricas de madera que cada año se superponen las unas a las otras, ensanchando al tronco. El árbol dilecto de las pampas, está excluído de esta clase de prueba, porque en realidad es una yerba gigantesca que produce más de diez capas fibrosas por año. Este caso peculiar nos demuestra que definición alguna de un objeto puede abarcar por entero a todos sus componentes. Arbol por su apostura exterior, el ombú amado, por su madera fofa — que según el decir gauchesco, "no sirve ni para leña" porque no arde — evidencia su procedencia herbácea. A pesar de su madera esponjosa inútil para la carpintería y la calefacción, muchas ventajas tiene en su haber el añoso árbol, que siempre da sombra y abrigo contra el viento o la lluvia: con sus hojas simples, alternas y elípticas y su fruto, una baya carnosa, se consigue constituir un purgante muy drástico. Asimismo las hojas mitigan las jaquecas.

El jugo del árbol se ha empleado antiguamente como remedio eficaz para la embriaguez. El zumo de su fruta se emplea para quitar manchas a la ropa y todo el árbol, por su naturaleza acuosa y su elevación, colocado cerca de una casa sirve de pararrayo natural."

Así se expresa Marcos Sastre en su encantador e inmortal libro "El tempe argentino", echándose de ver, por la precisión con que lo describe, cuanto le amaba.

El sabio naturalista, D. Carlos Berg, ha puntualizado, tras pacientes investigaciones, que "este frondoso y bizarro árbol" no fué traído originariamente de España, sino que procedió de las islas de la laguna Iberá, en Corrientes.

Siendo el general Mitre romántico y animoso joven de 21 años de edad, ya a la sazón capitán de artillería durante la Campaña de Entre Ríos, en 1842, cantó sentidamente al ombú que se eleva sereno en medio de la pampa, detallando con certera pincelada lo que significa para el argentino aquel atalaya de la llanura inconmensurable.

En el mismo año de la cuenta, hallándose D. Luis L. Domínguez, oficial durante el sitio grande de Montevideo, imaginó estos clásicos versos sobre el ombú, que ya se han constituído en proverbio del pueblo:

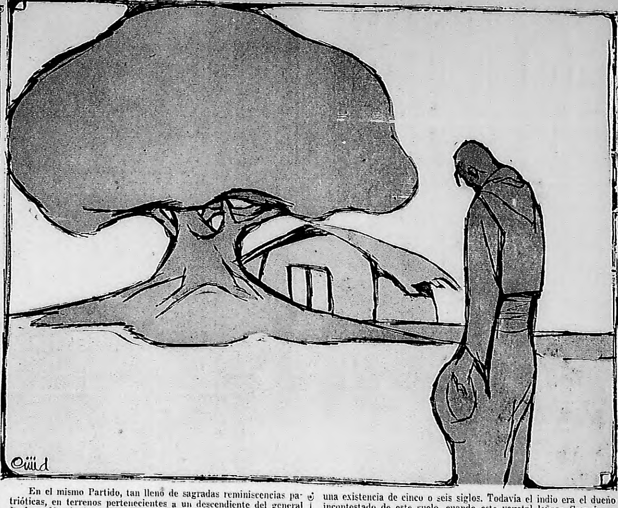
"Cada comarca en la tierra
Tiene un rasgo prominente;
El Brasil su sol ardiente,
Minas de plata el Perú,
Montevideo su Cerro,
Buenos Aires, patria hermosa
Tiene su Pampa grandiosa,
la Pampa tiene el Ombú."

El partido de San Martín contiene varios ombúes ligados a la historia patria, por tradiciones memorables.

El ombú de Perdriel, sito a tres kilómetros de Villa Ballester y veinticinco, aproximadamente, de la Capital Federal, fué testigo del encuentro de los primeros contingentes de los reconquistadores, que habían ido allí para fortificarse, contra las tropas inglesas. El 1o. de agosto de 1806, a las 6 de la mañana, sorprendieron a los patriotas 672 ingleses veteranos, dueños de numerosa artillería. La acción guerrera fué harto desigual, mas duró por espacio de una hora, dejando los hijos de Albion 42 hombres entre muertos y heridos y los patriotas platenses, sólo dos muertos y un herido. Distinguiéronse por su valor desesperado en este encuentro, D. Martín de Pueyrredón, D. Antonio de Olavarría y D. Lorenzo López.

Este árbol que se alza imponente cerca de una vieja casa solariega, domina una región ondulada donde abundan donosos árboles de las más varias especies; parece él un patriarca rodeado de sus numerosos hijos, nietos y tataranietos, pues emergen de su voluminoso tronco raíces que forman otras tantas plantas, por su frondosidad y tamaño.

Tres siglos ha vivido ya, y si la mano del hombre, tan dada a la devastación, lo deja florecer en paz, seguirá embelesando a los que le atisben azorados, cuando ya acaso el Partido de San Martín haya pasado a formar parte integrante de la babilónica Capital Federal.



En el mismo Partido, tan lleno de sagradas reminiscencias patrióticas, en terrenos pertenecientes a un descendiente del general D. Juan Martín de Pueyrredón y a poca distancia del pueblo de S. Isidro, se yergue, solitario y magnífico, un atractivo ombú que suele pasar desapercibido para las generaciones que bailan al son del negro jazz.

Este árbol fué testigo de la presencia de los generales San Martín, Pueyrredón y Guido, cuando reunidos alrededor de su anchuroso tronco, juraron adelantar sin desfallecimientos la causa de la independencia de esta colonia. Estos próceres fueron los que le designaron con el nombre de Ombú de la Esperanza. Este precioso recuerdo de la historia viviente, se levanta a 15 metros del suelo, y mide 30 de circunferencia.

En la antigua quinta de la sucesión de D. Jaime Llavallol, situada en el Partido de Vicente López, conocido otrora por el nombre de Olivos, se halla aun un opulento ombú, al cual se le asigna una existencia de cinco o seis siglos. Todavía el indio era el dueño incontestado de este suelo, cuando este vegetal leñoso florecía en la divina libertad, a su albedrío. Voluminosa es su copa y artísticos sus contornos. Tiene este ejemplar de la flora autóctona, el señalado mérito de haber pertenecido al americano de más nombradía que haya gobernado a esta comarca, en nombre de España, el progresista virrey Vértiz. Sus ocho años de virreinato fueron memorables.

Los ombúes de Santos Lugares, existentes en el antiguo campamento de Rosas, presenciaron penosas escenas. Cerca de estos árboles, que forman una pequeña avenida, fueron ultimados numerosos prisioneros de guerra. Asimismo, a la sombra de estos hermosos ombúes otras víctimas de la despiadada tiranía sufrieron aquí los castigos de la estaca y del cepo.

El afecto que experimenta el criollo por el ombú se fundamenta en multitud de razones; hasta hace de ello unos cien años, la amplia e interminable pampa no ofrecía al cabalgante otro refugio que este hospitalario árbol: cobijaba al indio, al gaucho, al forastero, en las horas incómodas de la canícula y también cuando soplaba el helado viento del Sur.

La llanura pampásica presenta varios aspectos; en la extensión comprendida entre el Salado del Norte y el Colorado, faltan por completo los árboles y las piedras, y el terreno está cubierto de una continua alfombra de pastos. En este medio se han desarrollado las colonias agrícolas que han transformado a la Argentina en uno de los tres graneros del mundo. La lluvia, poco intensa y frecuente, aunado a una temperatura benigna, no ha permitido la formación de bosques. El ombú providencial es de los escasos árboles que se han atrevido a romper la monotonía de este desierto herbáceo. Tal es la fascinación que ejerce el árbol sobre el hombre, que, en los días serenísimos el caminante hechizado por la excesiva reverberación solar, convierte el lejano campo de cardos, pastos o cereales, en un bosque de arboledas seductoras. Los habitantes de esta llanura dan el nombre de "brillazón" a este fenómeno de espejismo, por el cual debido a la temperatura y a la refracción desigual que sufren los rayos solares, se perciben muy nítidamente las imágenes rectas o invertidas de los objetos situados en el horizonte. Si estas extensiones donde la vista se espacia hasta el infinito, sólo quebrantan su monótona continuidad con la aparición de alguno de nuestros amigos arbóreos, en cambio poseen algo misterioso que atrae irremisiblemente. No se habitúa fácilmente el pampásico a vivir en un medio donde el horizonte es cercenado. Experimenta él, ante la pampa, una agradable nostalgia, pena causada por la ausencia de un objeto habitual que nos es caro. Siente el gaucho tanto como el europeo, una trémula vacilación ante este infinito que se va disipando y ofreciendo los más ingeniosos y sublimes espectáculos a la caída de la tarde.

Se asevera que los que han permanecido mucho tiempo en el mar, jamás se aclimatan a la tierra firme; ello acaece al habitante de este océano herbáceo, y ni la vida holgada o cómoda de las ciudades, paraísos de los adinerados, pueden agotar esta sed de espacio que atormenta al gaucho, nacido y criado en la pampa. El silencio majestuoso, casi aterrador, acaso; el embrujo de una soledad incomparable quizá o aun más, la imaginación siempre despierta por el continuo cambio de escenario del firmamento, constituyen otros tantos motivos que incitan al hombre a meditar sobre el enigma de su paso por la vida planetaria. Piensa el atisbador de la pampa soñadoramente, y no pudiendo llegar a conclusión alguna, su curiosidad nota una turbación que se resuelve en una tristeza sin objeto ni fundamento, dolor quizá producido por la impotencia del hombre para conocer el extraño, lejanísimo e inescrutable universo.

Bajo las tupidas ramas de este árbol benéfico se alumbra la hoguera para tomar mate o preparar el infaltable asado. Cuando el gaucho estaba de fiesta al pie del paternal ombú —pabellón improvisado— pulsaban sus guitarras los payadores.

Sirvió y aun sigue sirviendo, en toda la amplitud de la estepa argentina, de guía y punto de referencia para el caminante errabundo. Fué y lo sigue siendo, el abrigo predilecto del ganado que gusta de la fresca umbría que le proporciona su ancha copa y aun le preserva, de sentir con demasiado rigor, las nocturnales heladas y el sol ardiente del mediodía.

Un fino y anónimo comentador de los usos y costumbres del ombú, cuyo nombre seríame grato conocer, pues me considero siempre un noble amigo de cuantos tienen pasión por el árbol, le describe con precisión como un "en-tout-cas", siempre dispuesto para proteger en todo momento ya al hombre, ya a la bestia.

El ombú es el árbol amigo por excelencia del argentino: es él, el Dios vial de nuestros campos, una deidad protectora y tutelar que debiera estar representado en el escudo nacional, cual expresión de utilidad y de tradición histórica.

En alguno de los amplios patios de las casonas de provincia, jamás faltaba un añoso ejemplar de ombú que recordaba a la pampa en plena ciudad.

Cuando crece este árbol, a la entrada de una de las casas de campo, semeja para sus moradores algo así como un guardián, cual un centinela alerta, cuya presencia añora tiempos más puros y aquietados que los presentes y, además, vincula el pasado al presente.

Salvo raras excepciones, el ombú se alza siempre solo; por esa característica suya, asociando ideas se me figura la personificación de algunos defectos del carácter nativo, como ser el agresivo individualismo y la afición a resolver los problemas de la vida social tan sólo desde el punto de mira personal.

No hay aliciente tan eficaz como la emulación que engendra el compañerismo y la asociación de intereses. En tales condiciones fácil es reconocer espontáneamente la capacidad de cada componente del grupo. Como en el caso del ombú que se aferra y delecta en su soledad, por supuesto por obra y gracia de la naturaleza de su sexualidad, el nativo, por regla general, desconoce la norma de que el esfuerzo sostenido ha de llevar consigo la victoria. Nadie cree de esta suerte, en este medio anarquizante, en la virtud y utilidad del esfuerzo, porque a nada conduce, en tanto que la amistad rastreramente cultivada, la mala fe con visos de ingenuidad y la recomendación todopoderosa, dan el éxito al menos apto y desprovisto de calidades morales. El insistir de continuo en tales medios para el logro de una sana ambición, produce esa desmoralización que a diario podemos comprobar.

Los antiguos amaban colocar en su escudo nobiliario o simplemente solariego, la imagen de algún árbol cuyas virtudes atribuían a su casa. ¡Qué sugerente y cuán hermoso el escudo que se asignó el papa Sixto IV, perteneciente en realidad a la antigua familia Rovere de Turín, y que para halagar la vanidad del pontífice y de su sobrino Julio II, pintó Miguel Angel en el techo de la Capilla Sixtina. Sobre un fondo azul despliega su delicado ramaje un roble de color oro. Della Rovere se apellidaba el romano pontífice bajo cuyos auspicios fué fundada la Inquisición española en 1478; el significado de su nombre de familia, procedente del roble hacía suponer tendencias más nobles para conseguir la unidad y la dicha de las naciones que esa nefanda creación.

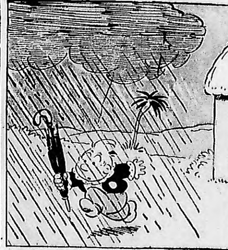
POR

ALBERTO NIN FRIAS

ILUSTRACION DE GUIDA

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, por Dirks






LA ENCANTADORA PAMELA









OTRO ROMANCE SIN PALABRAS Y CON GRITOS. EL PELIGRO DESCONOCIDO.









LA HAMACA TRAGICA









«FINIS»

EN cierta circunstancia tuve que ir al cementerio de disidentes, hoy desaparecido, a sacar las cenizas de un pariente lejano que estaban en un antiguo sepulcro. Me había sido encomendado que las pusiera en una urna porque expropiaban la bóveda y además el cementerio iba a ser suprimido de ese lugar. El sepulcro era un simple cuadrilongo de mármol en cuya juntura sólo bastaba meter una buena y adecuada palanca para abrirlo. Así lo hicimos el encargado, yo y un peón, porque el enterrador ya no prestaba sus servicios.

A quienes no están acostumbrados les impresiona siempre la apertura de un seplcro. Es como un falso misterio que se quisiera develar, o como una terquedad que pidiera esclarecimientos de donde no pueden venir... pues bien se sabe uno todo el secreto que encierran las tumbas.

Cuando cedió la losa y pude ver el interior, me encontré con que el ataúd había reventado y estaba partido y raído en forma tal, que sólo unos listones de madera acompañaban a los huesos, todavía no desarticulados, como si quisieran entablillarlos. Nada más que un olor de humedad. ¿Sí? ¡No!, junto al brazo plegado, mis ojos descubrieron una especie de cilindro de metal que agarré enseguida. Le destornillé la tapa y encontré una envoltura de cuero o tafilete que guardaba unos papeles en parte deteriorados. Con la curosidad que es de imaginar, me apoderé de ellos, esperando llegar a mi casa para leerlos. Regresé pues con un manuscrito y una urna chica que contenía unos huesos rotos y en parte casi pulverizados, trabajo lento del tiempo y de los agentes destructores que vienen a hacer lo mismo que el horno crematorio, pero más a la larga.

Con un buen fuego por delante, — era en invierno — me puse a revisar el manuscrito que parecía a ratos una profecía y otros un simple desahogo literario. Pero noté cierto acento conmovido, como si el autor hubiera tenido una premonición. Hasta creo que él "sabe" más del futuro que muchos historiadores acerca del pasado, y, si se pudiera hacer una seria compulsa de las causas históricas, me atrevería a decir que la mayoría de los historiadores pasarían a ser o artistas, novelistas o poetas semicreadores, o simplemente lastimosos inventores del pretérito (antiprofetas).

He aquí lo que decía el manuscrito:

En el primer tercio del año 1??34, (de la fecha estaban borradas dos cifras y la tercera quedaba dudosa, no podía verse bien si era 8 ó 3), los astrónomos descubrieron un hecho singular: las rutas de los asteroides o más bien planetoides, fueron casi repentinamente alteradas y sin causa aparente. Los que dirigieron sus potentes anteojos a esos planetitas telescópicos que están entre Marte y Júpiter, como se sabe, los observaron como picados de la tarántula. Fuera de la regularidad de sus movimientos, se conducían como un enjambre de efímeros frente a un foco de luz. Esto que podría haber sido un motivo de diversión para criaturas, fué un tema de cavilación para los astrónomos. ¿Cuál era la causa que alteraba la gravedad y solemnidad clásicas del enjambre estelar? Nuevas interrogaciones de los anteojos al cielo. Nada. Transcurrió un tiempo y algunos planetoides desaparecieron. Como la causa incógnita parecía intensificar su potencia, paralelamente entre los astrónomos aumentó el recelo. Por analogía se pensó que tras los planetas telescópicos, vendríamos nosotros a ingresar en la danza. Ese justo temor fué como la alerta o el prólogo de lo que debía venir.

Algunos astrónomos, los menos académicos u oficiales, aseguraban haber visto, a una distancia inconmensurable, unos cuerpos vagos cargados de un gran potencial eléctrico y que por su color infrarojo y el análisis espectroscópico debían poseer materias ferruginosas, y añadían que por deducción debían de actuar como gigantescos y monstruosos electro-imanes. Ahora bien, continuaban, de acuerdo con esto, nuestro planeta que alberga tanto hierro, rocas ferruginosas y otros metales, no podía dejar de ser influenciado por aquellos enormes cuerpos, aunque fuesen pulverulentos como se pretendía. Lo sería en razón directa de su riqueza en metales, sobre todo en hierro.

El tiempo les dió la razón y más pronto de lo que ellos mismos esperaban. Y se dió el caso singular de que el goce que experimentaban al ver que se cumplían sus asertos científicos, se les malograba por el temor de lo porvenir.

Lentamente, muchos humanos, sobre todo los que no eran navegantes de profesión, empezaron a sentir ese ligero mareo, vacío y depresión que causa la brusca subida y bajada del ascensor en los no acostumbrados. Otros, los que habían viajado en aeroplano, decían que era lo mismo que el efecto de un súbito descenso seguido de planeo. La mayoría hablaba de una peste que concluiría haciendo grandes estragos; y los médicos, por las dudas, inventaron unas inyecciones y vacunas. Pero pronto se vió que no era nada de esto.

A la sazón yo, Marcos Prescott, acababa de dar mi palabra de casamiento a Amanda, que está pasando su convalecencia de una grave enfermedad, en las inmediaciones de la ciudad, en un agradable hotel con habitaciones en medio de varias hectáreas arboladas. Yo estaba de licencia en la compañía "Alas para el Hombre", fábrica de aparatos mecánicos que, plegados, cabían en una valija, y que permitían volar blandamente y sin mayor estrépito, vuelos como saltos blandos, que transformaban a los hombres en una especie de ángeles barbudos, ángeles nada más que por el vuelo, porque su naturaleza íntima todavía no había podido ser modificada. Pero lo más grato de ver es la gracia con que las mujeres se tiran del techo, merced a estos aparatos, y os dan la mano con una sonrisa verdaderamente angelical.

En una de mis habituales visitas a Amanda, la encontré atacada del mal de moda: el mareo, las náuseas y la sensación de vacío. Yo que la creía ya sana del todo, me conmoví pensando en una recaída. No, no es nada de eso, me dijo mi novia. La verdadera causa de este malestar estriba en que el planeta se mueve de un modo muy diferente al antiguo. Yo la tenía a Amanda por muy inteligente, pero esta opinión me pareció locura. Sin embargo, al salir creí observar que, en efecto, se sentía el movimiento del planeta y que ahora lo hacía con arrebato. Me agarré un susto tremendo pensando que la impresión era subjetiva y que estaba loco, de la misma locura que Amanda. Pero muy pronto tuve que convencerme de lo contrario. A todos cuantos interrogué les pasaba lo mismo y no era necesario inquirir mucho para comprobar que experimentaban las mismas sensaciones.

Se sentía el movimiento de la tierra no como un terremoto, sino como un impulso. No necesito deciros lo mucho que me mortificó este trastorno terráqueo y sideral en estas circunstancias de mi noviazgo.

El planeta aumentaba día a día sus movimientos arrebatados. Mareaba eso que parecían sus "decollages" y sus caídas. A veces parecía pararse como dudando y de golpe retomaba una carrera atroz, lo mismo que máquina mal frenada y dirigida. La gente, a veces, se tenía que asir de las manos y también de los árboles para sostenerse. Las señoras se quejaban de vértigos intensos; algunas abortaban. Los chicos y los locos estaban contentos. Los sabios desconcertados dijeron que no podíamos notar directamente el movimiento de la tierra, puesto que todo marchaba con nosotros, incluso la atmósfera, pero como la sensación de movimiento arrebatado existía, insinuaron que habíamos entrado en otra atmósfera, más vasta. Se edificaron torres para colgar de ellas péndulos que marcaban sobre unas pistas de arena los movimientos terrestres. Estos péndulos tenían una púa, una uña en su bordo inferior. Descendían del cielo con una velocidad vertiginosa. Al tocar el suelo iniciaban un movimiento de culebreo o zig-zag, arando la tierra con la púa. Causaron muchos accidentes y rompieron la dura cabeza de más de un sabio.

Los poetas eróticos decían que Geo, al saltar desordenadamente y en impulsos desiguales, ya no era el átomo mísero y regulado de los astrónomos, sino una pulga perseguida por los dedos humedecidos de una Deidad.

Los sacerdotes decían que todo esto era por la falta de fe y el abandono de los deberes del hombre para consigo mismo y sobre todo para la Iglesia.

Como la cosa se prolongaba, los sabios eran los más desconcertados. Porque de pasar pronto, se podía archivar, olvidar y casi desconocer, haciendo de cuando en cuanto una alusión despectiva a ella, como hace de las revoluciones que no triunfan, el partido que está en el poder.

Los astrónomos, muchos de los cuales parece que le dictan leyes al Universo — tan engreídos están con sus cálculos, sobre todo después de la aventura de Le Verrier — hablaban de reformar la mecánica clásica y sudaban pensando en las muchas observaciones que tendrían que hacer, dada la anarquía actual de movimientos, para que sus observaciones y cálculos, sancionados y ratificados por una nueva experiencia, parecieran otra vez decretos.

. . .

Con la alteración de la rotación y traslación teníamos días cortísimos y otros muy largos. Apuros y desórdenes de toda especie. Trastornos en las ciencias económicas. Por ejemplo: un pagaré a 90 ó 180 días, había que hacerlo por horas, de acuerdo a un reloj patrón.

Mucha gente seria estaba indignada porque algunos seres degradados y "ciertos poetas" no se dolían de la irregularidad, sin participar tampoco del pánico y la sagrada rabia que les inspiraba el nuevo orden, o más bien desorden de cosas. Estos seres pervertidos y viciosos habían llegado en su repugnante indiferencia hasta instituír un nuevo juego, como el rojo y el negro en la ruleta, a base de las rachas inesperadas, en cuanto a la duración, de días y de noches, utilizando sus relojes que marchaban por la antigua regularidad...

Pero el miedo era casi general. Este no debía aumentar en tanto que la tierra fuera sólo como una perdiz gorda, sorprendida, que echa a volar. Pero pronto se vió que los mares barrían las playas como escobas en los arranques súbitos del planeta, ocasionando terribles catástrofes: que las estaciones se alteraron completamente: el verano más tórrido y el invierno más crudo se sucedían en un espacio de días y aun de horas, lo que determinó la



ruina de la vegetación. Fué necesaria cada vez más la vida bajo tierra, y, con una técnica prodigiosa, íbanse socavando grandes recintos como falansterios subterráneos en los cuales se cumplían las tres condiciones que pedía Fourier: economía, utilidad y magnificencia. Había algo, sin embargo, en esta magnificencia, algo que no convencía, como cosa hecha no con vistas a la esperanza, sino más bien a lo que debe morir y desaparecer.

Algunas ventajas tuvo la raza humana entre tanta desdicha: con los bruscos cambios de temperatura, las moscas y mosquitos desaparecieron. La hedionda e inmunda colectividad chinchosa no salía de sus refugios de miedo a un enfriamiento brusco, y, así fué muriendo de inanición. Se dispuso que todo en el falansterio fuera nuevo por temor a epidemias, pero muchas categorías de piojos, hongos, parásitos y bacilos, no eran tan delicadas y, acompañaron al hombre en su vida subterránea. Había que alimentarse de hongos cultivados en sótanos y recintos ad-hoc y del petróleo. Algunos "sabios" sacaron de éste, una combinación alimenticia. La que no tenía gusto era cara, y, la barata, la popular, causaba en la gente pobre que la consumía, un asqueroso olor a lámpara que salía de las bocas. Había que pagar alto precio por una cosa que no tenía gusto. Todavía se guardaban provisiones vegetales y animales en gran cantidad, pero no se las prodigaba de miedo a la escasez y también por egoísmo. Ya se empezaban a fabricar alimentos concentrados y con substancias químicas, cosa esta última conocida desde larga data, pero abandonada en su empleo por los estreñimientos pertinaces y muy peligrosos que causaba. En una palabra todo esto considerado, era el adiós a la sensualidad y a la buena vida.

POR

SANTIAGO DABOVE

ILUSTRACION DE PARPAGNOLI

★

Muchos decían que estábamos abandonados de la mano de Dios, y a mí me parecía al contrario, porque advertía una intención de violencia en El. Estábamos abocados a riesgo y aventura. Como hacía algún tiempo que recobrara todo el vigor de la salud, Amanda me rogó que saliéramos un día de fiesta. Era otoño, y habríamos sentido en la naturaleza serena la copia de nuestra dicha, si no la alterara la sensación de viaje precipitado de la tierra. Yo me asía de las manos de mi novia que formaba corro con otras muchachas que habían buscado también su novio. Resistíamos al viento en esa rueda de amor, y no pensábamos en morir. Las muchachas impacientes por formar un hogar estable, pegaban pataditas coléricas contra el suelo del planeta, que no permitía reposo para el amor, ni seguridad, ni nada que se asemejara a las antiguas horas. En eso la tierra hizo un arranque súbito como de ómnibus mal dirigido. Las macetas con las últimas flores que habían puesto las muchachas enamoradas, cayeron de lado, y los perros huían ladrando.

Otra vez, en ese corro de jóvenes dábamos vuelta junto con las hojas que nos traía un viento circular, hojas de los últimos árboles de aquel último otoño. Algo en mi corazón me dicta estas palabras melancólicas que indican finales. Amanda y yo girábamos prendidos de las manos y asidos a otras manos juveniles que ahora temblaban de miedo de morir sin amor cumplido. En un vuelco loco, nos separamos del coro y empezamos a errar como desdibujados en un largo crepúsculo que me pareció duraba más de seis horas de tristeza. Los había más largos, así como, a veces, no había crepúsculo. Mi corazón se alebronó.

—Amanda, dije, yo te amo. ¡casémonos!

—Espérate a que todo se regularice. No se puede vivir a base de mal petróleo. No contamos con lo suficiente.

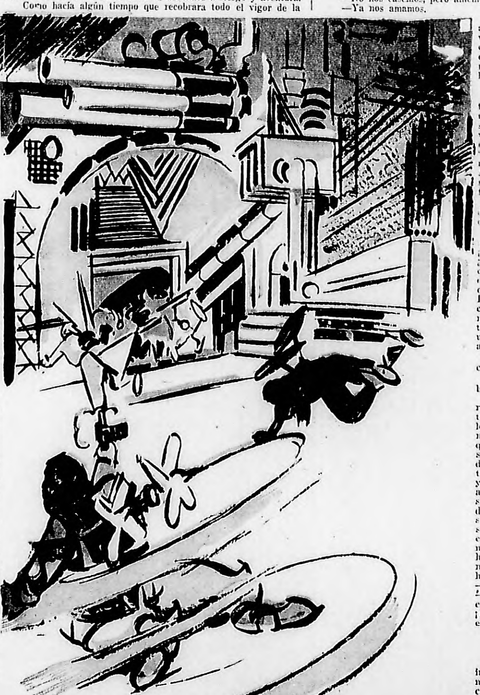
Mi pesadumbre se agravó. ¿Cómo esperar con ánimo tranquilo la catástrofe terrestre sin el amor de ella?

—Pero... ¿no comprendes?

—¿Qué?

—No nos casemos, pero amémonos.

—Ya nos amamos.



—No, no nos amamos. El amor debe ser así, dije, entreverando y apretando los dedos con toda mi fuerza. No es amor el que no deja una huella en nuestros cuerpos. Déjate de dilaciones, ¡amémonos que mañana moriremos!

Esto que en tiempo de Cátulo o de Horacio olía a retórica, tenía ahora un significado serio y perentorio. Me pareció ver que los ojos de Amanda creían más en el amor como "hecho eterno" que en cualquier meteorología o cosmogonía. Amanda, que no era argentina, me acarició el cabello y dijo con franqueza y lealtad:

—Cierto, pobrecito, pobres de nosotros... Bueno... cuando la luna esté llena...

Ya se sabía y yo también, que la luna tenía las mismas perturbaciones que la tierra. ¿Amanda contaba, por olvido, con el período antiguo del astro de las mujeres? La luna estaba en el principio del crecimiento. He aquí que cumplía su evolución, hasta transformarse en luna llena, en unos pocos minutos. Igual que una magnolia o una "dama de noche" que se abre... Miré a Amanda.

—Vamos, me dijo, acariciándome el cabello.

Mientras iba con ella, un brazo en su cintura, pensaba:

"La humanidad, ¿podría perecer? ¿Hay réplicas de ella en todo el Universo? No sé, pero lo positivo parece ser que la nuestra, la terrena, por ahora y quizás para siempre, se eclipsa, se extingue. Consideré si, disponiendo del calor y del sustento necesarios, no la crearía yo de nuevo" sirviéndome del amor de Amanda, forzándola a ser prolífica, por puro goce de dilectante, de billarista desdeñoso e indiferente, que arroja con su taco al campo de las violencias, algo sensible que va a ser muy golpeado, muy chocado, hasta que pierda su carne tierna y, después, al final triste, se haga el recuento de los choques —carambolas, ruido de huesos — mientras sonríen los ángeles crueles. ¡Ah!, no lo querré. ¡Dieu m'en préserve!... Pero... entramos.

★

A pesar de las condiciones irregulares de la vida y de la meteorología alterada, había cierto optimismo. Se confiaba quizá en que todo pasaría. Los comerciantes e industriales eran los que más "sentían" y proclamaban esta confianza, llamando derrotistas a los asustados. El fin era seguir vendiendo sus productos. Yo fuí llamado por la compañía "Alas para el Hombre" para que saliera en jira de propaganda, provisto de mi aparato que me hacía subir con arranque tan graduado, y caer tan blandamente.

Después de un corto e infructuoso "raid" de ofrecimiento comercial, en un radio de unos cien kilómetros, volví a los lugares donde debía estar Amanda, y no la encontré. A la bajada de uno de los vuelos que daba con mi pequeño aparato que llevaba en la espalda, como una mochila, me encontré frente a uno de los falansterios que no hacía mucho se había terminado de construir. Era un socavón como una mina, pero mucho más amplio en su interior, de más contenido. Adentro había hornos muy grandes, prodigiosos y fantásticos aparatos de calefacción. El calor se iba a utilizar doblemente: para el simple pero esencial hecho de calentarse, y, a la vez, para energía mecánica, movimiento de telares y otras industrias indispensables, no de lujo. La puerta de entrada, boca más bien, estaba hundida, después de una corta escalera de escalones groseros y que parecían de tierra endurecida. Con el objeto de que no se colara el aire frío exterior, no se abría más que en los momentos en que alguien entraba o salía. Entonces parecía por su forma singular una boca de cetáceo o más bien de gran pescado moribundo que bostezara. Un poco más adentro estaban aparejados unos tamizadores y calentadores de aire, muy complicados. Cada bostezo parecía tragar un hombre o varios, con cierta pereza mortal, y por el fulgor rojo que dejaba entrever, se adivinaba que las entrañas de ese cetáceo eran de fuego. Todo adentro era una especie de hervidero, y tenía algo de fragua y de alto horno donde se trabajan metales. Pero había por todos lados profusión de lugares de descanso, camas, mesas y otros muebles. Los grandes aparatos de calefacción enviaban tubos de todos calibres, a todos lados. Hombres sudorosos y musculosos daban la última mano a toda esta fábrica.

Consideré que en dispositivos como éste, en refugios indecentes como éste, terminaría la porción de humanidad más apegada a la vida; y me estremecí de horror y de pena al imaginarme las futuras escenas de crueldad, de hambre, de miseria, de prepotencia brutal, de lujuria sangrienta y aun de antropofagía que se desarrollarían si el combustible duraba más que las subsistencias. Los enormes depósitos internos de provisiones eran guardados por hombres con ametralladoras.

Me alejé de un salto de ese lugar tétrico, pensando en tomar un trago de whisky de mi frasco de bolsillo, para reponerme. Siempre me ha gustado tomar en tierra firme y no en el aire. Fuí a dar junto a una pared que iba paralela a un camino que conducía al falansterio. Al rato, del otro lado, oí unas voces. ¡La voz de Amanda! Una voz de hombre en la que reconocí a Gould, el poderoso primer accionista y dueño de las "Empresas de Calefacción", decía:

—Sí, m'hijita, no se puede elegir. Si me amas tendrás segura la comida y un asiento junto al fuego... ¡hasta tanto se vea dónde va a parar esto! Después reanudaremos una vida espléndida.

"Reanudaremos", pensé yo, habla como si ya la hubiera comenzado. Gordo cochino. El agregaba, continuando su sugestión:

—Pero, por ahora, mira el Sol.

—Sí, sí, respondía Amanda. ¡Sí, sí, sí!

Miré, yo también al Sol. Su disco se hallaba reducido a la cuarta parte. Conteniendo el aliento y el corazón que parecía reventar, me alejé — sin emplear el aparato "del futuro", como le decía a mis clientes en las jiras — en cuatro patas, como los animales prehistóricos.

No fuí a la compañía "Alas para el Hombre". Me dediqué a vagar y a saltar con mi aparato cerca del falansterio "El Cetáceo". Volando me reía histéricamente, y cuando me encontraba con algún amigo que usaba el mismo medio de locomoción, departíamos un rato en el aire, como dos coleópteros alegres. Pero cuando bajaba a tierra me tambaleaba. Esperaba encontrar a Amanda y mi vigilancia era estricta.

El frío aumentaba atrozmente.

★

La tierra cesó en sus arranques. Se había quedado rígida y no presentaba movimiento de rotación apreciable. Por consiguiente, una parte quedaba en la sombra, y era un casco de sueño nocturno, otra en la luz, y era un ojo sin párpado, otra en la penumbra y era un crepúsculo como un insomnio, como el que tenía ahora. Al principio se creyó en la permanencia de estas condiciones, pero pronto se echó de ver por parte de los astrónomos que el segmento de la antigua elipse en el campo de traslación, del afelio al perifelio, estaba mucho más abierto, asemejándose a una línea recta. Esta comprobación no era otra cosa que el anuncio de la condena a muerte de la humanidad y de la vida en general en un plazo breve. En efecto, en adelante nuestro apartamiento del Sol, sería cada vez mayor, hasta llegar a ser definitivo.

A nosotros nos había tocado un crepúsculo. En él vagaba torpemente, como mariposa nocturna, ensimismado, cuando de repente, la oscuridad que invadía presurosa, me hizo mirar al Sol. No se ponía, se iba. Estaba casi del tamaño de Venus por las tardes. Me vino un impulso raro y exclamé como adorando, como indio con los brazos en alto: "¡Te vas, Vieja Querida, Madre Antigua!" Al perderlo se me ocurría el vocativo femenino, maternal.

★

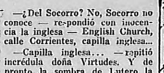
Sin saber cómo, me encontré frente al hoyo con escalones donde bostezaba la boca del Cetáceo. Mucho tiempo estuve allí helado y agazapado. De pronto vi a varios que venían corriendo y que desaparecían en el subterráneo. De lejos vi a una mujer conocida que corría, seguida torpemente por Gould, el gordo potentado. Bajó los escalones sin elegancia y el gordo Gould, también bajaba con las piernas gordas abiertas, como compás falseado.

Amanda entró, pero el "Señor" amoratado y entorpecido por el frío, tambaleó. Con pena, con infinita pena, levanté la pistola automática y la hice ladrar varias veces para desinflar al cerdo a quien el dinero y la necesidad daban margaritas...

Algunos llegaban a todo correr gritando: ¡El frío de muerte! ¡Viene el frío de muerte!, y se metieron en el antro... El termómetro de alcohol colocado en la boca del Cetáceo bajaba con rapidez aterradora: 40, 50, 70, 80 grados bajo cero.

Caí. Mi última visión fué la de una charca de agua tibia y transparente con islotes de pasto de un verde muy puro. Chapoteábamos Amanda y yo haciendo subir a la superficie el fino lodo del fondo. Ranitas como objetos preciosos y esmaltados nos miraban. De los cielos descendían una luz, una paz y una serenidad que eran como secreta música del alma.

La Sirvientita



★



Doña Virtudes Caramilla, era una de las pocas damas que no hacían quedar mal a su difícil apelativo. Celosa de su probidad y de la de los demas, todos sus actos y palabras tendían a servir de ejemplo a los remisos y de estímulo a aquellos que ya estaban en el verdadero camino del bien.

En su casa, doña Virtudes representaba a la esposa firme y eficaz en su compañerismo, pudorosa de sus sentimientos y adicta a las ideas de su marido. Como madre, cuidaba de sus hijas con una especie de cariño feroz y excluyente. Exigía de ellas la misma suma de cualidades que ella entendía poseer y se mostraba inflexible ante el menor signo de debilidad en el cumplimiento del deber.

Estas aclaraciones hacen casi innecesario insistir sobre la severidad de los normas que imponía a su servicio doméstico. Carteles murales, estratégicamente colocados a la entrada de la cocina, advertían con letras por demás visibles, los precios de toda la vajilla y el lugar donde se podía adquirir repuestos, en el caso desafortunado que alguna pieza viniera a romperse. Otros letreros ayudaban a las desmemoriadas sirvientas en la tarea de saber lo que debía hacerse a determinada hora y en determinado día: las fechas fijadas para el lavado de la ropa, el reemplazo de las sábanas o el pedido de una nueva provisión de carbón.

A doña Virtudes nunca se le ocurría que la persona que tomara a su servicio pudiese profesar otra religión que la católica, y en tal supuesto, les daba una hora de asueto, los domingos en temprana hora, para que cumplieran el oficio religioso. Renusarse a llenar ese sagrado cometido significaba perder la plaza, por lo cual, en su mayor parte accedían a este recargo de servicio. Era de todo punto imposible substraerse a la obligación de oír misa sin que la patrona se enterara, pues, insospechadamente se daba ella también su vueltita por la iglesia, más por verificar la asistencia de las sirvientas que por celo religioso, pues éste no lo empleaba a fondo hasta la misa de diez, que era la que convenía a su espíritu, por los excelentes sermones que prodigaba sin tasa el padre Manuel y por el ancho campo que al comentario escandaloso le procuraba la elegante concurrencia de esa hora.

Una vez le ocurrió tomar a su servicio una niñera inglesa, por haber dictaminado una tarde que "las chinas se estaban poniendo imposibles". La inglesa no opuso objeción cuando oyó aquello de oír misa los domingos, cosa que contentó mucho a doña Virtudes, pues suponía que las inglesas eran todas herejes. Casi creyó que era el ambiente religioso que emanaba de su casa, lo que había permitido engrosar las huestes del Señor con este nuevo cordero, pero carente de la absoluta seguridad de esta conversión, no se decidió aún a comentarla con sus hijas.

Sin embargo, un día llególe una denuncia: Eufrasia, la sirvientita, le vino con el cuento que la inglesa salía junto con ellas, pero que no iba a la iglesia, separándose a poco de salir.

Aquella denuncia abismó a doña Virtudes en un mar de conjeturas y le produjo un acceso de indignación. Lo que primero la preocupó fué el averiguar en qué torcidos menesteres invertiría esa desvergonzada la hora dedicada a los santos oficios y lo que atenaceó después, fué la idea de haber sido burlada por una vulgar gringa. En cuanto llegó la culpable, la sometió a una requisitoria hábil y cerrada, donde las preguntas al parecer amables se deslizaban entre silbidos, y donde las sonrisas infundían pavor.

La niñera contestó con toda tranquilidad, sin manifestar asombro por lo extemporáneo de la pregunta.

—Pero yo voy a la iglesia, a donde la señora me ha dado permiso...

—No será a la iglesia del Socorro, seguramente — cortó rápido doña Virtudes con evidente ironía.

—¿Del Socorro? No, Socorro no conoce — respondió con inocencia la inglesa — English Church, calle Corrientes, capilla inglesa...

—Capilla inglesa... —repitió incrédula doña Virtudes. Y de pronto la sombra de Lutero la cegó, la mareó y se hubiera desmayado a no ser por la ayuda de la inglesa, que requirió el frasco de sales y la compañía de las hijas. Cuando recuperó el habla y pensó para sí misma: "Buena la he hecho!", fué para contarle los días a la "gringa" y abonarle el sueldo.

Aquel mes se hizo tres novenas seguidas en señal de desagravio.

Eufrasia, la sirvientita, tenía un nombre demasiado grande, un nombre de vieja, pero ella no lo advertía, por la desenvoltura con que lo llevaba. En la casa, había tomado fama de atrevida en todos los matices que comprende esta denominación, hasta que culmina en la de "insolente".

En realidad, los atrevimientos e insolencias de Eufrasia no eran mayormente trascendentes que su figurita enclenque y desgarbada de once años. Doña Virtudes le combatía sin descanso esa tendencia a la coquetería, que en tan temprana edad se le había despertado a la chiquilla y que hacía que las niñas de la casa debieran cuidar de sus polvos y coloretes, horquillas y cintas y hasta de la democrática agua de colonia, en uso en la casa.

Eufrasia no era lo que puede llamarse una chica viva. Sin ser lo que se da en denominar — abusando de la metáfora — un adoquín, sus únicas expresiones de inteligencia la constituían el desgano con que realizaba un trabajo aburrido y las maniobras de que se valía para apoderarse de los artículos de tocador ya enunciados.

Estas pequeñas raterías, se veían a veces agravadas por otras de diferente calibre. Con cara frecuencia, solían desaparecer vueltos de compras dejados imprudentemente sobre una consola, o moneditas mejor guardadas dentro de una cartera. A doña Virtudes no le había sido difícil averiguar quién era la autora de esos hurtos, y es de imaginarse el sermón de moral que motivó dicho descubrimiento. Es cierto que doña Virtudes no llegó nunca a pegarle a la sirvientita, pero la llevaba a casa de los padres con la relación de los robos, y éstos se encargaban de darle una tunda tal que Eufrasia quedaba malparada para toda la semana.

EMILIO Villalba Walsh descubre aquí el extraño final de un largo duelo cotidiano entre una señora tilinga y una joven cleptómana.

Pero Eufrasia era incorregible. Su coquetería y su plebeya cleptomanía, seguían siendo los únicos destellos de su espíritu. Doña Virtudes arremetía sin descanso contra tan feas costumbres, pero no lograba desarraigarlas. Los únicos resultados prácticos que obtuvo, fué conseguir en la mayoría de los casos la devolución de lo desaparecido, mediante un sencillo ardid. Cuando notaba la falta de alguna moneda decía:

—Hoy se me han perdido veinte centavos, Eufrasia. ¿No lo has visto?

Eufrasia infaliblemente, negaba. entonces doña Virtudes proseguía:

—Pues bueno, tendrás que buscarlos. Y no saldrás a la calle hasta que los encuentres.

Esta determinación de la patrona, le acarreaba a Eufrasia sus inconvenientes, pues la salida de la tarde a la vereda, era la gran ocasión de lucir una onda a lo vampiresa que mantenía rígida en su frente gracias a la ayuda de jabón amarillo. De modo que el dinero perdido no tardaba en aparecer, y, muchas veces, debido a la poca imaginación de Eufrasia, en los sitios menos verosímiles y más absurdos.

Es bueno aclarar que doña Virtudes no se deshacía de esta servidora poco eficaz, porque a pesar de sus lunares, llenaba, mal que mal, su cometido, y tenía en su descargo, el hecho de que el sueldo quedaba reducido a su mínima expresión, es decir, cero. En efecto: Eufrasia trabajaba a cambio de algunos vestidos viejos y de algunas sobras de comida, amén de la obligación de enviarla a la escuela y proveerla de útiles. Hacía tres años que no pasaba de segundo grado. Doña Virtudes se enfurecía cuando la maestra mandaba decir que Eufrasia no hacía los deberes o los llevaba mal hechos.

—Esta sinvergüenza tiene toda la tarde para hacerlos y prefiere ir a lucirse en la calle! Me parece — le confiaba a su marido — que el sacrificio que hago por educar a esta chica, es inútil.

Pero no era del todo inútil, porque con el correr de los meses, don Plácido Caramilla perdió su ocupación y las bíblicas vacas flacas eligieron la casa de doña Virtudes como lugar de pastoreo. Fué entonces cuando Eufrasia empezó a rendir sus frutos, en calidad de sirvienta única y colaboradora de la patrona en la limpieza de la casa y en la alquimia; doña Virtudes se encargaba de darle tarea para los momentos en que "no tuviese nada que hacer".

Los robos de moneditas habían disminuído, no tanto porque la larga prédica hubiese enderezado a Eufrasia, como porque el numerario escaseara en forma alarmante. Vale decir, que en esa situación, las casi inadvertidas raterías de antes, tomaban ahora una importancia inusitada, y, llegado el caso, se cometía con Eufrasia una verdadera y concienzuda inquisición, la cual, desgraciadamente, no siempre daba resultados positivos.

Eufrasia tenía tesón para una sola cosa: negar. Negaba en todos los tonos, en todas las actitudes, ante la suposición y ante la evidencia, con culpa o sin ella.

Fué por entonces que doña Virtudes, a quien la adversidad le había agriado el carácter y debilitado la fe, al dar una orden a Eufrasia, notó, al irse ésta, un pronunciado olor a perfume barato.

Sospechando algo, la llamó:

—Eufrasia! Vení para acá;

La sirvientita entró, con su mirada de animal indiferente.

—¿Qué es ése perfume que te has echado?

Pero antes de oír la respuesta, notó, con estupefacción, que la chica lucía también un moño de seda nuevo y un horrible prendedor de fantasía, con brillantes de vidrio del tamaño de garbanzos.

—¿De dónde has robado eso?

—No lo he robado señora, lo compré.

—No mientas —dijo doña Virtudes enojándose —. ¿De dónde sacaste la plata?

—La gané a la quiniela.

—¿La qué? —preguntó con asombro la patrona.

—A la quiniela. Fué con cinco centavos que me regaló la niña.

Doña Virtudes no recordaba haber oído hablar de la quiniela, ni siquiera muy vagamente. Lo primero que se ocurrió, es que Eufrasia, dejando de lado su técnica de la negativa, optaba por inventar embustes. Pero quiso hacerla caer en sus propias redes, y haciendo como que creía la historia, continuó:

—¿Y dónde es éso de la quiniela?

—Aquí en la otra cuadra, en la librería de don José — contestó con toda soltura la chica.

—Muy bien — terminó doña Virtudes, ! esta tarde voy a ir a averiguar, y si no es cierto, ¡pobre de tí!

La sirvientita tuvo un leve encogimiento de hombres y se fué a su tarea.

Doña Virtudes había quedádose muy intrigada. En esas cosas —pensaba— ha gastado más de tres pesos. Y si los ha robado, ¿de dónde puede haberlos sacado, si en toda la casa no hay treinta centavos?

Como estaba sola, todas estas deducciones se le hacían más fatigosas y lamentaba la ausencia de sus hijas.

—Por otro lado — seguía diciéndose — ¿cómo es posible que con 5 centavos puedan ganarse cerca de cuatro pesos? No, no puede ser. Esa chica está cada día más imposible.

Pero a eso de las cuatro, la curiosidad y el deseo de darle un merecido reto a esa "mocosa" la impulsaron a llegarse hasta la librería.

Don José, la recibió muy amablemente. Doña Virtudes trató de exponerle muy rápidamente el objeto de su visita. Le dolía tener que dejar ver a un tercero que en su casa pudiese haber alguien, aunque fuese una sirvientita, que no fuera de conducta intachable y de virtud cimentada.

—Esta chica dice — le explicó —que aquí ha ganado, con cinco centavos, cuatro pesos, en un juego de quenela o quiniela.

—Quiniela, señora.

—¿Es cierto eso?

—Sí, señora. Esa chica viene a menudo. Y siempre juega así, de cinco o diez centavos.

—¿Pero es cierto, digo, eso de que se pueden ganar cuatro pesos con cinco centavos?

—Cómo no, señora. ¿Usted no conoce el juego? ¿Nunca ha jugado a la quiniela?

—No...

—Usted elige un número de dos cifras. Si coincide con la terminación de la lotería, le pagamos ochenta veces la puesta... Hay muchas maneras de jugarlo. Por ejemplo, a la cabeza, o a los diez primeros premios...

—¿Quiere que le anote una jugada?

Doña Virtudes estaba ligeramente emocionada. ¡La vida era tan dura!

Con un ligero temblor en la voz, preguntó:

—¿Con veinte centavos se puede?

—Claro, señora. ¿Le jugamos a la cabeza?

—Sí, sí... a la cabeza — repitió la patrona sin comprender.

Don José le dió la boleta. Ella la miró extrañada y la guardó en la cartera. Preguntó:

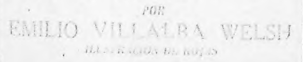
—¿Cuánto puedo ganar?

—Diez y seis pesos.

Salió despaciosamente pensando en los diez y seis pesos y sin acordarse para nada de Eufrasia. Una esperanza brillaba a lo lejos.

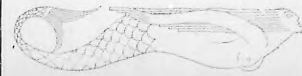
—¡Dios mío! —musitó alborozada.

Iba tan ensimismada, que pasó por delante de la iglesia y se olvidó de persignarse.



POR EMILIO VILLALBA WELSH

ILUSTRACIONES DE ROJAS



Museo de la Confusión

En un aprehensivo prensívoro de gran éxito doméstico entre fámulas y mucámulos, descubrí con ojo avizor dentro de la caparazón de avisos clasificados (con 0) que lo encuadernan, algunas dudosas colaboraciones de cocinantes y sirvientrices. Desde la persona sencilla que solicita una cocinera de leche, una lavandera seca, un chauffeur de adentro, un ama sin retiro, un portero de chambre, una dama de llaves y un valet de compañía sin cama, con aviso de retorno, hasta aquellas más complicadas que pretenden, extravíos y hallazgos, artefactos sanitarios, personas buscadas, licitaciones, patentes y marcas, etc., tienen su lugar correspondiente en las hojas ¡ay! expresivas del pacifista pápiro. Entre el cúmulo de renglones analizados encontré algunos avisos de dudosa conveniencia. Veamos éste:

> Criaría chico pecho o biberón, aire y sol. Santander 5248.

Yo creo que cualquier persona se da cuenta del peligro que entraña confiar al nene en las presentes condiciones. Sería una crueldad mayúscula exponerlo a ser alimentado únicamente de biberones llenos de aire, mamaderas repletas de sol y chupetes que van llegando como el pampero a la arena, régimen que traería como resultado una vez devuelto el párvulo a su domicilio y en edad de elegir carrera, la obligación de transformarse en gondolero y cantar frente al Castillo de los Dux O Sole Mío o a optar por ser solsticio, simún del desierto o viverón municipal. Otro avisito prensátil:

> A cambio cocina sencilla enseño rápido peinados, belleza. Cerrito 531 y 35.

Este me parece más pernicioso que el anterior. Las ventajas que le pueden reportar a una cocinera la rápida enseñanza de peinados y belleza no creo que sean tantas. Un poco más de pelos en la sopa, algunos huevos fritos peinados al



medio, uno que otro puchero con superabundancia de peines, peinetas, horquillas, espejos; sospechosos pasteles pintados al óleo y rellenos de carey y determinadas farras con Shampoo o Champoing, según la nacionalidad. Como se ve, los cambios y permutas entre la cocina y la peluquería no resultan muy agradables que digamos. Por último, el más misterioso de todos:

> Compro latas tipo nafta, bolsas y Guía Kraft Pcial.; Pavón 2313.

Realmente no me explico a qué clase de negocio se dedican en Pavón al veintitrés trece, ni qué destino se les da a las latas, las bolsas y las guías. ¿Vender guías Kraft en lata? Creo que no. ¿Efectuar carreras de embolsados con las Kraft Pcial.? Ridícula pretensión. ¿Meter la lata en bolsa y buscar en la guía la dirección del manicomio? Tal vez sea la solución.

★

El Secretario Moderno por intermedio de cierta novela semanal nos instruye sobre las diferentes frases y manifestaciones escritas comunes a todo rigor mortis, velorio, mausoleo o sonatina y que deben enviarse a los parientes del réquiem. Algunas buenas frases recomendadas por el secretaire, son las que siguen:

> Sollozando, te envío un apretón de manos.
> Lloro con ustedes.
> Les tiendo las manos, sin decir nada, y los abrazo llorando.

Como bien lo reconoce el preceptor, estas frases representan una fórmula general que puede admitir variaciones según los casos. Sería ridículo por ejemplo que un drilococo reconocido o un manco de Lepanto o el cheff de la mano negra en combinación con un urutaú habitante del yatay se expresaran en esta forma, haciendo alusión al lagrimal y a la manoterapia. Otras epístolas más íntimas y que dan lugar a frases conmovedoras nos ofrece el modernista. Aquí están:

"Siempre me parece que ha de abrir la puerta y que ha de entrar..."

"Quería tánto la vida..."

"Aquí, en la oficina, ha dejado todos sus asuntos perfectamente ordenados. Guardó hasta el último instante su magnífico espíritu de organización".

"En el barrio nadie lo había olvidado y todos lo querían. De modo que cuando se supo la noticia, el dolor entró en todos los hogares".

"Ahora es cuando se comprende en toda su amplitud el ser maravilloso que era".



"Es una pérdida irreparable. ¿Quién llenará el sitio que ha dejado entre sus amigos?"

"¡Si sabré yo cómo era de bueno! Desde que éramos niños me encantaba la suavidad de su carácter".

Las fórmulas también tienen sus excepciones. La primera resultaría inconveniente para el deceso de un chorroarín que vivió rodeado de linternas, ganzúas y demás instrumentos de trabajo. La segunda no corresponde tampoco ser enviada a los deudos de una ex habitué a Corirentes y Esmeralda ni de un cafiolo vidalita. La tercera y la quinta, dió malos resultados en ciertos casos de Staviskismo y exposiciones transoceánicas. La sexta no se recomienda ser enviada desde un establecimiento carcelario, con membrete de Sing-Sing, Ushuaia, Sierra Chica, etc., lugar donde expiró el picapedrero. Sobre la última diré solamente que de ese tenor se recibieron pocas al fenecer Hormiga Negra, el Marqués de Sade y Torquemada.



Cierto semanario correspondiente al 14 de mayo, por intermedio de una sociable sección nos explica ciertos pormenores del mano a mano. Veamos:

LA MANO ENGUANTADA.

— La mano se tiende enguantada, para saludar; es lo correcto y, hasta puede decirse de algunos casos, más agradable. En realidad, ¿no es preferible el contacto de una piel de Suecia al de una mano blanduzca, sudorosa?

Ahora bien, el guante de sport que ha estado en contacto con las riendas de un caballo o con el motor de un coche, no debe conservarse puesto al saludar. La regla anteriormente expuesta sólo rige con los guantes de calle.

Ante todo habría que averiguar si lo corriente y normal son las manos blanduzcas y sudorosas, dedicadas al cuentagotas y al manantial, es decir, manos de esponjario blandengue. Una vez determinada claramente esta cuestión, recién estaríamos en condiciones de opinar sobre la conveniencia de manipulearnos con Greta Garbo. Lo que no comprendo es por qué motivo una mano que ha estado en contacto con las bovinas, cilindros, cigüeñales, taxímetros y dedicada a la doma de potros con guante de ante en Guantámano se transforma inmediatamente en durezca y resecosa y está en condiciones de ser estrechada.



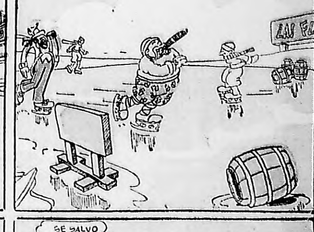
POR

ANIMULA VAGULA

DIBUJOS DE RODRIGUEZ

El Nuevo Rico ★ por H. Rodriguez













CUENTO POLICIAL

LA EDUCACION DE «MUERTE»

POR ALBERT DUBOIS

ILUSTRACION DE JUAN SORAZABAL

A LOS veintiséis años cometí una falta que tuvo por toda mi existencia las más deplorables consecuencias. Sin tener, como la inmensa mayoría de los hombres, la excusa de no comprender la decadencia intelectual que se designa con el nombre de "amor", dejé este sentimiento enseñorearse de mi espíritu. ¡Sí! el amor es una enfermedad mental, una autosugestión imbécil. ¡Sí! Es suficiente, para librarse de ella, un poco de energía y voluntad!

Los Donnovan son descendientes de una antigua y noble familia irlandesa arruinada. Su jefe, hace diez años, en la época en que sucedieron los acontecimientos que voy a relatar, era mi hermano mayor; no nos ligaba ninguna simpatía porque era un hombre frío, seco, católico ferviente, cuyo corazón y cerebro pertenecían a los dogmas de nuestra vieja fe, mientras yo, no había nunca podido creer que el hombre, ese grotesco tubo digestivo, pudiera llevar en sí un principio de eternidad.



Pasaba el invierno de 18... en un hotel de Cap Martín en la Costa Azul. Entre los residentes del hotel estaba Mrs. Stair, esposa de uno de los más grandes negociantes de algodón, con sus dos hijas; Dorothy, la menor, tenía veinte años: me enamoré en seguida de ella como un loco, y la adoré.

Había prometido ser mi esposa y me aconsejó esperar a su padre que vendría a buscar a su familia para llevarla a Londres.

Míster Stair llegó; me recibió calurosamente; tuve cuidado de no contrariarlo en sus ideas políticas, y nos despedimos, esa noche, encantados el uno del otro. ¡Insensato! Me dormí sin ningún presentimiento de la catástrofe inminente...

Solamente dos días después pude expresarle mi deseo. No me dejó hablar; me humilló en la religión de mi familia, en la sangre de mi raza, en el producto del trabajo de mis antepasados...

—¿No tengo entonces, ninguna esperanza? — le dije al separarnos, con una voz que no reconocí...

—Habrá que olvidar todo esto — me contestó con una desenvoltura bajo la cual se adivinaba una firme resolución.

¡Olvidarla!... ¿Sería posible para el hombre que pierde la vista olvidar las bellezas del cielo?... Ella estaba en mí; su imagen era lo mejor de mi ser; me rehusaba a arrancarla de mi pensamiento y no vivía más que para transformarme, teniendo solamente un sueño: volverme inglés, protestante y rico.

Frecuentaba asiduamente las ceremonias del culto anglicano, y me convencía de que tenían una poesía intensa y que eran muy superiores, como espíritu evangélico, a las de las otras religiones.

Me esforzaba en interesarme en la política nacional inglesa y me asocié a varios clubs. Me puse en relaciones con hombres de negocios y trabajé con tanto ardor y convicción, que les inspiré admiración.

Al mismo tiempo, como sabía que el padre de Dorothy era profundamente religioso, tomé la resolución de hacerle hablar en mi favor por algunos de aquellos hombres de la iglesia que poseían toda su confianza; pero cuando había ya encontrado a la persona que hubiera podido servirme para mis proyectos, leí la noticia del compromiso de Dorothy con Teófilo Veroni, el gran negociante en granos.

El golpe me fulminó; me parece que perdí los sentidos y la muerte entró en mí.

Pero en seguida reaccioné; y una implacable voluntad de resistir por todos los medios, hasta que me quedara un soplo de vida, me hinchó el pecho con una energía indómita y desesperada...

Podía sangrar, sufrir, morir; pero no quería confesarme vencido; no quería renunciar a la esperanza de tener entre mis brazos aquel ser que me era más querido que mi felicidad, que mi honor y que mi vida. No aceptaba mi derrota y estaba indignado por la manera con que me había tenido alejado de Dorothy. Ciertamente era el derecho de los padres si me consideraban incapaz de hacer la felicidad de su hija; pero yo también tenía el derecho de resistir hasta mi último soplo y por todos los medios a la injusticia del destino!

¡Por todos los medios!... Me repetía esto con el corazón henchido de un inexpresable deseo. ¿Cómo romper ese maldito noviazgo?

Pasé dos días sin comer y sin dormir; la angustia moral que me torturaba era terrible... tenía que impedir ese casamiento por todos los medios.

El domingo siguiente fuí, como siempre, al templo donde vi a Teófilo Veroni, buen mozo, con un aire de triunfo que me llenó de rabia... ¡Ah! si ese individuo no existiera!... si desapareciera tal vez tendría más suerte... No hay otro remedio... lo mataré entonces.

Lo que me retuvo de matar a mi rival en aquel momento, fué el miedo del castigo. No se sabrá nunca cuántas vidas ha salvado la pena de muerte! Además, si quería recoger los frutos de mi crimen, era necesario que ni una sospecha cayera sobre mí.

¡Había que matarlo!... no quedaba otro remedio. Pero ¿cómo? Esta idea me obsesionaba.

Estábamos en noviembre; seguramente la boda no se realizaría antes del verano. Tenía tiempo para preparar mis planes, madurarlos y ejecutarlos.

No pensaba en la dificultad de concebir esos planes y de realizarlos. La sola esperanza de que me quedaba una probabilidad, aunque muy pequeña, de reconquistar a mi querida Dorothy, me deslumbraba; tenía confianza en mi amor: era capaz de todo...

A principios de diciembre tomé el tren para una ciudad cercana. El objeto de mi viaje era el más inocente del mundo: contestaba sencillamente a un aviso que había leído el día antes:

—"Véndense perros de todas las razas; especialidad en bull-dogs".

Llegado a la dirección indicada, noté con rabia que me encontraba muy nervioso; me detuve un largo rato; podía aún retroceder... la ejecución de mi plan exigía tiempo, paciencia y voluntad. Pero si pasaba el umbral de esa puerta no titubearía nunca más; iría hasta el fin. Repasé en mi espíritu, una vez más, el plan que me había formado; me convencí que solamente la falta de sangre fría, un acceso de nerviosidad podía despertar alguna sospecha y provocar algún peligro.

Pensé en Dorothy, me la imaginé en los brazos de aquel individuo odiado... y deliberadamente entré.

El perro que compré era un bull-dog obediente, bravío y sabía morder... se llamaba "Muerte"!

Fabriqué un maniquí que puse en el fondo del parque, cerca de un gran trozo de carne; acostumbré al perro a encontrar su comida al lado del objeto que yo le indicaba con la interjección ¡Popit!, que el criador le había enseñado; y así pasé un mes preparando mi obra de muerte... y todo, salvo algún detalle, estaba preparado para la consumación del acto terrible!

El 7 de enero dejé Londres y me fuí a Argelia; compré una bicicleta y recorrí los encantadores caminos del encantador país, pernoctando en modestas posadas. Leía atentamente los diaritos insignificantes de las localidades donde me detenía: los informes de que me proveía reglamentaban en realidad mis peregrinaciones; y nadie hubiera podido adivinar las intenciones que guiaban mis movimientos.

Estas peregrinaciones duraron casi un mes; finalmente, una tarde, tuve una larga conversación con una vieja española sirvienta de la posada adonde me había dirigido después de leer algunas líneas en el diario.

La mujer, que llevaba un brazo en cabestrillo, me contó, siguiendo mis preguntas, que un perro hidrófobo la había mordido y que ese animal había sido muerto y enterrado en un campo de piedras cerca del cementerio.

¿Quién hubiera podido encontrar algo de sospechoso en esa conversación?... Sin embargo, yo supe todo lo que deseaba saber, todo lo que justificaba mis peregrinaciones en Argelia.

Más tarde, paseando, fuí a visitar el cementerio; nada más natural: constituía la única curiosidad de la pequeña ciudad.

En una barranquita cercana, bajo algunas piedras, ví una pata rígida; quité el montoncito que cubría el perro, y después de algunos golpes de escalbel, puse un grueso fragmento de su cerebro en una cajita de hojalata herméticamente cerrada y envuelta en un género termostático.

Desde que dejé Londres, llevaba preciosamente esa cajita sobre mi corazón. Una semana más tarde me encontraba otra vez en mi casa. Para asegurarme de que aquel perro había sido verdaderamente infectado por el virus rábico, inyecté el veneno a un conejo y esperé el resultado de mi experiencia con una impaciencia que no puedo describir. Esto sucedía el 26 de mayo. El primero de marzo leí que la boda estaba fijada para el 8 de junio.

¡El 8 de junio!... ¡No me quedaban nada más que tres meses!... y debía esperar quince días para saber si poseía un arma capaz de librarme de mi rival!...

Si el diario argelino se había equivocado, si mi inyección había sido mal hecha, todo sería para recomenzar.

Y no quedaban más que tres meses para que se cumpliera la profanación abominable que yo había jurado impedir, y debía esperar con los brazos cruzados que la naturaleza obrase.

En los quince días que siguieron me dediqué a perfeccionar la educación de Muerte, que demostraba una docilidad perfecta. Sus instintos feroces se habían terriblemente desarrollado y ante cada persona que cruzábamos en nuestros paseos, me miraba como para solicitar el permiso de morder. Una vez, para asegurarme, lo invité a morder a un pobre vagabundo, al cual indemnicé con una buena suma.

El octavo día el conejo rehusó la comida, pero desgraciadamente, dos días después, comía como siempre y saltaba en la jaula.

Pasé ese día en un estado de abatimiento terrible: habría que recomenzarlo todo. Un cansancio infinito me invadió: esperar con los brazos cruzados, no poder hacer nada, dejar pasar las horas que acercaban el día fatal: nada más angustioso, ni más torturante.

Quince días después de la inoculación, encontré al conejo muerto en su jaula: el pequeño cubo lleno de ácido carbónico en el cual conservaba algunas onzas de una materia gris, contenía el más terrible de los virus...

Frente a la casa de Veroni, había una casa vacía que alquilé sin demora y pasé tres días observando las costumbres de mi rival. Me hallaba en un estado de nerviosidad terrible: tenía miedo; miedo de delatarme; miedo de fracasar.

¿Conseguiría matar a un hombre en pleno día, en la calle, por medio de la pequeña escena tan cuidadosamente preparada?

Tenía miedo de tener miedo: tenía que matar sonriendo; matar con banales palabras de disculpa; frente a ese hombre odiado no iba a dejar ver mi rabia ni mi cólera.

Observé que todos los días a las nueve, Veroni salía de su casa. Fijé entonces para el 3 de abril mi tentativa de asesinato.

Ese día amaneció lluvioso; las calles estaban desiertas y yo me quedé con mi perro en el corredor, asechando la salida de Veroni. Muerte estaba nervioso; muchas veces trató de librarse de la mano que sujetaba su collar; tuve que amenazarlo para obligarlo a quedarse tranquilo.

Bruscamente la puerta de enfrente se abrió: alto, elegante, Veroni acababa de aparecer: su rostro, de tipo oriental, denotaba calma y buen humor.

Rápidamente abrí la latita que contenía la mezcla de médula con goma arábiga, y, sujetando el hocico de Muerte, le embadurné las mandíbulas con esa preparación que se pegaba a sus colmillos.

Fué un relámpago: Veroni no había traspuesto aún el umbral, cuando Muerte, sacudiéndome, escapó de mis manos gruñendo, pasándose la lengua sobre los dientes para desembarazarse de la goma que lo molestaba.

En un segundo estuve en la calle. Muerte me seguía. Mi rival caminaba con paso alegre; nadie por el camino: el perro me miraba fijamente.

—¡Popit! — murmuré tan despacio que el hombre que me precedía de pocos pasos no me oyó. Rápidamente, el perro se lanzó sobre Veroni; lo agarró por un muslo mordiéndolo con furor; Veroni le pegaba con el bastón: durante un segundo, tuve bajo mis ojos una masa confusa de paño negro y pelos rojizos. Finalmente el hombre consiguió librarse de su agresor, pero no fué más que por un instante, porque el animal, siempre más furioso, se colgó del puño izquierdo: oía la mandíbula crujir sobre los huesos; y ví la sangre correr por los agudos colmillos.

Entonces lo así del collar y lo arrojé lejos de Veroni. Toda la escena no había durado más de quince segundos.

—Perdóneme, señor, espero que no estará seriamente herido...

Veroni no me contestó.

—Estoy consternado por este sensible incidente; le presento todas mis excusas.

—¡Excusas... excusas!... no se trata de excusas, señor — exclamó el joven que recuperaba el aliento.

—¡Sin duda! Yo estoy dispuesto igualmente a darle la compensación que usted juzgará razonable... y a reparar el daño que mi perro ha causado.

—No necesito nada... ¡Un caballero no se pasea con bestias feroces!...

—Estoy demasiado contristado para discutir este punto de vista con usted, señor — contesté, saludándolo.

Una calma sobrenatural me invadía; sobre el puño de Veroni una fea mordedura agujereaba la carne.

—Voy inmediatamente a hacer matar este animal... Siempre ha sido muy malo... no puede ver agitarse un bastón a su lado...

Veroni, lívido, no contestaba, y con un supremo esfuerzo se dirigió rápidamente hacia su casa. En ese instante pasaba un coche: subí con mi perro y volví a mi habitación, exultante. El golpe, tan sabia y pacientemente preparado, había alcanzado a quien yo apuntaba; yo era un asesino; pero me sentía el más feliz de los hombres.

Esa cara morena, de una hermosura de meridional, la veía siempre, mirándome y hablándome con cólera. ¡Cómo había sido dueño de mí mismo! ¡Cómo la conciencia de mi fuerza, de mi aplastante superioridad, me había ayudado a representar una comedia de dignidad desdeñosa, de caballerosidad altanera!

Al hombre que yo mataba, asesinaba en pleno día, en plena calle, lo había abordado, con la frente alta, y la sonrisa en los labios, lo había dejado encolerizarse, y había representado hasta el final mi papel de hombre de mundo correcto y frío.

¡Un sensible incidente!

Un sensible incidente, en verdad; repetía esta palabra con un verdadero deleite. Habría querido morderlo yo mismo, destrozarlo...

¡Un sensible incidente!... Una risa muda me hinchaba la garganta.

No tenía ninguna duda sobre mi triunfo; y ya veía a mi odiado rival aullando en un hospital. Estaba seguro que no tomaría ninguna precaución porque Inglaterra no tenía Instituto Pasteur, habiendo los sabios británicos recibido con escepticismo el descubrimiento del célebre francés.

De todos modos, yo pensaba que tenía muy pocas probabilidades de salvarse. Pero, ¿cuanto tiempo debería esperar para que el virus hiciera su efecto? El período de incubación de la rabia en el hombre varía entre treinta y cinco y cincuenta días.

¿Y qué hacer de Muerte? ¿Conservarlo? ¿Y si se hubiera contagiado con la terrible enfermedad? Era suficiente que hubiese tenido alguna mordedura en la boca. ¡Terrible peligro! Se había puesto muy triste desde aquel día. Una noche Muerte parecía muy inquieto: caminaba por mi dormitorio quejándose sordamente. Yo veía sus pupilas, que, en la oscuridad brillaban con un intenso resplandor verde. De repente, con un grito muy raro, se lanzó hacia mi cama.

—¡Muerte! — grité estremeciéndome de terror.

Mi grito pareció calmarlo un poco, pero siguió emitiendo un gemido casi humano que hinchaba su hocico deforme, mientras saltaba a mi alrededor para lamerme las manos y la cara. Yo hice un gesto un poco brusco y, entonces él, con un aullido terrible, empezó a correr por la pieza, chocando contra las sillas y los muebles; dió unas cuantas vueltas y después se acostó en un rincón gruñendo sordamente.

Yo no osaba moverme; no me hacía ninguna ilusión: mi perro estaba rabioso; de un momento a otro podía lanzarse sobre mí.

No podía abrir la puerta sin exponerme a su furor; sabía que los dolores que atormentaban al pobre animal producirían un paroxismo; me miraba con los ojos extraviados por los sufrimientos; de sus labios caía una baba espesa.

Entonces no esperé más: rápidamente empuñé el revólver y lo desplomé de un tiro.

Pero en esos momentos atroces un pensamiento atravesó mi espíritu: ¡el virus era bueno!

Hice embalsamar el cuerpo de Muerte, que está en mi escritorio donde escribo, y no le tengo ningún rencor por el terror que me hizo pasar aquella noche: él me había bien servido en mi odio.

Los días pasaban; habíamos llegado al 20 de mayo.

Me torturaba con dudas y cálculos: hacían ya cuarenta y seis días que Veroni había sido mordido: faltaban solamente diez y ocho para la boda. Consultaba los diarios con una ansiedad extraordinaria, pero sin resultado; ya empezaba a tener las más vivas inquietudes.

¿Era posible que los dientes se hubieran limpiado atravesando el tejido del traje? ¿O que Veroni hubiese sido refractario al virus?

Además se citaban casos en que la rabia se había declarado después de tres o cuatro meses... ¡Y dentro de pocos días Dorothy se casaba!

A medida que el tiempo pasaba, mis inquietudes aumentaban.

Todos mis esfuerzos habían sido vanos: Veroni vivía, Veroni viviría...

Ella se casó el 8 de junio.

Desde mucho tiempo me preguntaba cómo haría para vivir durante las horas execrables de ese día y de esa noche. Había esperado hasta el último momento que la muerte de Veroni me salvaría de ese suplicio.

Mis planes se desbarataban. ¡Imbécil! ¡Qué bien había maquinado mis combinaciones! ¡Con qué habilidad había tomado todas las precauciones para que la justicia no pudiera ponerme las manos encima!

Había sido verdaderamente genial; había sido prodigioso en ingeniosidad, habilidad y calma... y el 8 de junio había llegado y mi victorioso rival vivía todavía, vivía siempre...

¡Cómo sentía en ese instante el no haber recurrido al revólver o al puñal!

Fué un día delicioso; el tiempo era radioso; yo me quedaba estúpidamente aplastado en la ventana y, minuto por minuto ese día y en la noche del 8 de junio, que la mañana siguiente me fuí a

Sin embargo, en esas horas, en esas horas de extremo desequilibrio en que yo creía ver hundirse todo a mi alrededor, ese pensamiento que me había enloquecido, que era uno de esos innumerables locos que deambulan por la calle, me impresionó tanto en el día y en la noche del 8 de junio, que la mañana siuiente me fuí a consultar al más célebre de nuestros alienistas.

—¿Se puede ser loco, doctor, creyéndose sano de espíritu?

—Creer en su perfecta salud intelectual es un indicio de manifiesta alienación mental — me contestó riendo.

—¿El amor no es, a veces...

—¿Una forma de locura? En efecto. Eso se ha dicho muchas veces en broma pero es un hecho innegable.

Me puse a llorar.

—Comprendo — dijo el doctor —. Usted está enamorado. Pero yo puedo curarlo. Déme su palabra de honor que cumplirá exactamente mis instrucciones.

Dí mi palabra de honor. Ocho días después, a bordo de un vapor que me llevaba al Japón; ya no pensaba tanto en ella. El remedio del doctor era muy sencillo: un viaje [illegible] y distracciones.

Desde Gibraltar mandé esta carta al Dr. X.:

"Querido doctor:

El Infierno es muy poca cosa para poder evadirse de él tan fácilmente. Le debo más que la vida".

Cuando alcanzamos Alejandría, las distracciones del viaje, algunas agradables amistades me alejaban increíblemente del drama que había convulsionado mi existencia. Allí fué donde leí en el "Daily Mail" la noticia de la muerte de Veroni, víctima de un ataque de rabia durante su luna de miel.

Seguí mi ruta hacia el Oriente. He visto Ceylan, Java, Siam, la China. Y el pensar que yo había matado por tan poca cosa como es el amor de una mujer, me hacía sentir ridículo y me quitaba la alegría de vivir en este mundo nuevo para mí. El amor es una disculpa mientras dura. En cuanto esa obsesión enfermiza hubo desaparecido, me juzgué severamente. Mi situación moral es atroz. Me persigue un inmenso remordimiento. Nadie puede explicarme porqué si Dios no existe, el acto de librarse de un rival es abominable, cruel y monstruoso.

Y yo no creo que Dios exista. Sin embargo una voz acusadora me persigue. Sin duda es una nueva forma de aberración mental.

También las Mujeres se Hacen Vagabundas

POR RECKLESS



EXISTEN diferencias importantes en la situación de las mujeres sin hogar, comparada con la de los hombres sin techo. En primer lugar, las mujeres, a diferencia de los hombres, no tienen tradiciones de vagancia ni tendencia a ello. Ellas son, en su mayor parte, novicias en su inadaptada existencia de transición. En segundo lugar, los hombres pueden carecer de techo seguro y vagar con mayor facilidad que las mujeres, no tanto por las diferencias biológicas y psicológicas entre los sexos, como debido a las condiciones sociales. El nuestro es todavía, en gran parte, un mundo para los hombres, a pesar de la libertad de los caminos. En tercer lugar, los hombres sin techo, en los Estados Unidos, cuentan con una cultura y una sociedad propias. Ellos tienen su "hobohemia" y matorrales que constituyen una forma de su vida comunal, con prácticas y actividades aceptadas. Las mujeres no han tenido tiempo para implantar su propia existencia comunal sin techo. Ciertamente, la "hobohemia" o vagancia sin techo y el matorral, hacen la vida soportable, sino atractiva, para los hombres. En último caso, los hombres sin hogar llegan al extremo en el caso... formando cola en los lugares en que se distribuyen alimentos a los menesterosos... Pero en cualquier caso, las mujeres se resisten a la humillación de la mendicidad del alimento. No tienen filosofía para aceptar graciosamente comida. En realidad, ellas jamás han aceptado la caridad en grado considerable como personas aisladas, sino como miembros de familias.

En esto debe hallarse la respuesta a la pregunta que se hace sobre la causa de que se vean tan pocas mujeres formando cola para obtener alimentos que distribuye la caridad. Como lo ha hecho notar una observadora, "ellas casi se mueren de hambre. Pero no forman en las filas que esperan alimentos de la caridad pública, ni comen en latas. Todos los que se han sorprendido de que no figuren mujeres en esas formaciones de hambrientos, comprenderán que ello no obedece a que no existan mujeres que padecen hambre. Esto se debe a que ellas consideran que cualquier exhibición pública de la miseria es degradante". La misma observadora, en febrero de 1933, en un número de "Review of Reviews", sostiene que numerosas jóvenes desocupadas y sin medios, de Nueva York, viven horas y más horas viajando en el subterráneo sin abandonar el vagón durante las noches, mientras que durante los días buscan salas públicas de cualquier índole para permanecer sentadas allí.

Pero, admitiendo que los hombres tienen sobre las mujeres la ventaja de una situación más libre, no existe razón para suponer que las mujeres sin hogar no pueden adaptarse a hacer la vida de los caminos, en los vagones de carga, en casas improvisadas, en barrios de casuchas y en general, a la vida del vago o "hobo". Tampoco existe razón para suponer que la migración de las mujeres sin techo no acabará invadiendo la "hobohemia" y los matorrales, en idéntica forma que han invadido otras zonas originariamente ocupadas y consideradas como exclusivas del hombre. Todo indica que las mujeres pueden hacer maravillosas "hobos", según se conoce por tales.

Un sociólogo recientemente hizo el estudio del caso de una mujer de treinta y siete años de edad, hecha "hobo", que se presentó pidiendo techo y traslado a una oficina federal de tránsito de reciente creación. Las partes esenciales de su relato, tal como lo refiriera, podrían utilizarse para dar una idea real de las condiciones de vida por los caminos de semejantes mujeres, lo que hacen para adaptarse a ella y el grado en que acaban por desmoralizarse.

La señora Metzger, como la llamaremos, nació en los Estados Unidos, y sus padres nacieron en Alemania. Hacía dos años y medio que ella se encontraba sin trabajo antes de emprender la ruta de los caminos. Durante cinco años previos había trabajado continuamente, hasta que se produjo su desocupación. Antes de eso, se había casado. Después de cuatro años de matrimonio, se separó de su marido, quien, no solamente la infectó, sino que llegó a exigir muchas cosas de ella. Antes de su casamiento, estuvo ocupada durante ocho años en tareas semiespecializadas. Su niñez fué de lo menos episódica. Hija de un herrero, cursó hasta el octavo grado de la escuela pública y empezó a trabajar muy joven. Su conducta de muchacha era aparentemente normal. A estar a su relato, jamás huyó del hogar y cayó en infracción sexual. Estaba orgullosa de haber llegado a su marido como "la mujer más pura que él conociera".

Las razones que dió para deambular por los caminos, son de que se le habían agotado los ahorros, de que podía vivir por mucho menos por las carreteras, de que deseaba viajar, pues había conocido poco el país, de que quería libertarse de su amante y terminar todo con éste (este era su único "asunto" durante la separación y con anterioridad a su experiencia caminera), a la vez que anhelaba librarse de las gentes que la fastidiaban por su religión (ella era adventista del séptimo día). Y si bien no haya quizá declarado todas las razones, es patente que una combinación de factores, antes que una sola razón, la llevaron por los caminos. Estas complejidades rara vez son tomadas en cuenta por aquellos que insisten en que la desocupación es casi la única razón que hace que las mujeres se entreguen a la vagancia. En el caso de la señora Metzger, por ejemplo, la falta de dinero para mantenerse le indujo a creer que podía llevar una vida mejor por los caminos que en una casa de habitaciones. Pero esta creencia no fué sino uno de los varios factores que la impelieron a deambular.

★

Con una caja de ropas y un envoltorio se encaminó hacia el Sur, desde Wáshington, subiendo a trechos en camiones y caminando por las carreteras. Su ruta prosiguió luego de Tampa, Florida, a Meridian, Mississippi, desde donde prosiguió a Baton Rouge, Fort Worth, Yuma, Los Angeles, desde donde volvió a Fort Worth, luego siguió a Memphis y Little Rock, llegando a Nashville. Jamás tuvo un compañero por el camino. Durmió en el campo raso, padeció hambre durante días, viajó en vagones de ferrocarril a veces hasta con cincuenta hombres, acampó durante las noches sola y con hombres. Varias veces fué atacada y víctima de estupro, entregándose otras más. Pidió alimentos, ropas y la oportunidad de lavarlas. Compartió sus alimentos y su dinero con hombres, pero nunca pidió dinero, jamás se alineó frente a los lugares en que se reparten comidas y jamás entregó su cuerpo por dinero.

En realidad, ella sigue una línea en lo que respecta a pedir limosna, a la prostitución y al alcoholismo. En estos aspectos, la desmoralización encuentra en ella una fuerte resistencia. Mantiene su religión, recibe lo que le llega sin murmurar, cree que las oficinas de Estado y federales hacen lo que pueden, no teme al hombre y aprovecha cuanta circunstancia se le presenta para bañarse y lavarse las ropas. Ha gozado de excelente salud, salvo un ataque de paludismo y un ligero resfriado y jamás pensó en el suicidio. Todo dice que ha vivido muchas experiencias. Pero dejemos que esta mujer "hobo" hable por sí misma ante el sociólogo que la interrogara:

—"Había una milla o cosa así desde los galpones del ferrocarril hasta el lugar en que yo acampaba. Caminé hasta allí y me encontré con un agente. Este me preguntó dónde iba. Yo le dije que no lo sabía... que andaba por los caminos. Me dijo que no podría subir a un tren esa noche, pero, si aguardaba en determinado lugar, se detendría allí a las siete de la mañana. No, no me hizo insinuaciones. Los agentes del ferrocarril tienen sus propias muchachas. Los hombres del camino, no. Luego me reuní con dos muchachos blancos y dos negros. Ibamos en tren y marchábamos para Carolina del Norte. Viajamos todo el día. Cuando se detuvo el tren, uno de los muchachos blancos quiso conducirme hacia los árboles para que me quedara con él. Me dijo que encontraría algún trabajo para mí. Otros dos muchachos blancos subieron en la primera parada. Los dos negros bajaron y el muchacho blanco me hizo sus proposiciones. Seguimos viajando hasta Salisbury... era la segunda parada y allí nos quedamos. Un detective golpeó en la puerta del vagón. Nos miraba como queriendo castigarnos, me parece. Nos quedamos allí, asustados.

"Por eso los muchachos gritaron que yo me desmayaba. El detective abrió la puerta y nos dijo que desapareciéramos. Caminamos como media milla hasta un almacén y compramos café. La mujer del comerciante nos dió leche y azúcar y yo le agradecí por lo bien que se portaba con nosotros. Usted sabe que en el camino no se come casi nada, fuera de buñuelos y galleta. Acampamos al aire libre esa noche. Intentámos subir esa noche a un tren de carga, pero un empleado nos descubrió. Un muchacho consiguió esconderse en el convoy, pero yo y el otro tuvimos que huir. Caminamos toda la noche por la carretera. Yo compré alimentos. El no tenía una moneda. Al otro día, comimos algo. Esa noche paramos en una casa y tuvimos una taza de leche y, la que nos diera eso, también nos hizo comer un poco de pastel y cuatro bizcochos. Dormimos en la escuela pública esa noche. Estaba abierta. Sí, él me hizo algunas insinuaciones, pero yo las rechacé... ¡era tan joven!

"Yo estaba sola, tirada a un lado del camino, y dos policías llegaron en un automóvil y me dijeron que fuera con ellos. Me llevaron a un restaurant de la población, y el dueño del restaurant le pidió a un individuo que me hiciera pasear en automóvil. Lo hizo. El manejaba un camión y me llevó por toda Carolina del Sur, Georgia y vuelta a Florida. ¿Cuánto tardé? Doce horas. ¿Cómo? Vamos a ver. Partimos a las siete de la mañana. ¿Cuántas horas son esto? — Veintiuna, responde el que interroga —. Me dejó en el camino. Los mosquitos me picaban horriblemente y un hombre que pasó por allí, al ver como éstos me habían puesto, me dijo que fuera a un campamento con él. Me quedé allí durante una semana. Me traía alimentos todos los días y me sacaba a pasear en automóvil. Era una persona influyente... no un "hobo". Me hizo conocer Florida. Estaba casado pero no enamorado de su mujer. Tendría unos cuarenta y cinco años...

(Ahora habla de su estada en Baton Rouge, Luisiana). "En esta forma, pasó un camión y el conductor me llevó por todo el camino de Tejas, pasando Abilene, llegando a Ranger y Dallas desde donde volvimos a Abilene. Sí, me hizo el amor. Me llevó hasta cerca de su casa y me dijo donde se encontraba un manantial. El quería ser sociable conmigo, aunque se encontraba entre los que lo conocían. Dos indios llegaron en un automóvil al día siguiente... era en un Ford. Me vieron bañándome y lavando ropa. Se detuvieron y prepararon el desayuno. Y así partimos. Uno bajó en cierto punto, pero yo seguí viajando con el otro. Me hizo conocer la localidad. Sí, me hizo el amor. Era muy correcto. Me agradaba. Sí, me gustan los indios. El cocinaba buenas comidas y tenía sandías. Estuve con él cuatro días. Luego, me puso en camino de Fort Worth. Llegué a Fort Worth y me encaminé por las vías del ferrocarril. Los muchachos me habían dicho que era fácil meterse en un vagón en Fort Worth, pues así uno no se topaba con Texas Slim. Este es un agente especial. Subí al tren de carga... muchos hombres se encontraban allí. Viajamos hasta Yuma, Arizona.

"Cuando llegamos a Yuma, dos muchachos me dijeron que regalaban melones en una casa empaquetadora de frutas. Me quedé allí durante una semana... bajo un puente. Los muchachos y yo. Vinieron algunos hombres más. Y también algunos indios.

—¿No temía a tantos hombres cerca suyo durante la noche?

—"Algunos hombres están siempre al lado mío para protegerme... como ciertos países tienen un protectorado. Partió uno de los dos muchachos quedando el otro. El puente estaba cerca de la prisión. Me quedé una semana más con otro hombre. Era de cuarenta años de edad. No intimamos. Decía él que yo debía sentir simpatía por los indios y me acusaba demostrarme amiga de los indios. Yo no lo era, pero él me rechazaba... por eso no tuve nada que hacer con él. Después, abandoné Yuma en un tren de carga... Treinta o cuarenta hombres iban en el vagón conmigo. No, nada de violencias. Siempre había uno que otro que me protegía.

"Una vez, un hombre me atacó en un automóvil cerrado y luego salió de allí. Era el sereno de un depósito de ferrocarril. Me dijo que me iba a golpear si no me entregaba. Luché contra él, pero me tomó del cuello y me arrojó contra el piso del automóvil. Otra vez en un camión de leña... se hallaban allí unos cuarenta hombres. Pero ellos bajaron y yo me fuí a dormir, pero cuando desperté, un hombre ponía una almohada sobre mí. Ví lo que iba a hacer y le dije que se detuviera, pero no entendía. Descubrí que era mejicano. Huí de él y volvió a darme caza en el camión. Ví a otro hombre en el vehículo, dormido. Tiré de la manta que lo tapaba, lo desperté y éste me protegió.

"Otra vez, un hombre me dijo que si no me entregaba, no tendría nada que hacer por los caminos. El me dijo que era su automóvil (evidentemente un auto cerrado) y que me conduciría a donde yo iba. Pero en esos momentos apareció un "cow-boy" y salió en mi defensa. El le dijo que se había olvidado que ese era el Oeste y que sería mejor que me dejara sola.

—¿Cómo evitó el embarazo por los caminos?

—"Soy estéril. Los médicos, después de mi operación, me dijeron que siempre sería estéril. No, nunca padecí de venéreas por los caminos. Todos eran limpios esos hombres. No quería que me molestaran. Yo no les tengo miedo. Pero, siempre hay algún temor. Los hombres de los caminos nunca tienen mujer y siempre llegan donde hay una. No es por lo que yo les gustaba, sino porque soy mujer...

—"Sí, realmente me siento dichosa por los caminos. No me gusta ser atacada, pero aparte de esto, he sido realmente feliz.

—¿Qué es lo más agradable entre lo que le ha ocurrido?

—"Encontrar quien me diera de comer cuando estaba realmente hambrienta.

—¿Ninguna otra cosa?

—"Es hermoso ir de ciudad en ciudad.

—¿Subió alguna vez a un tren en marcha?

—"Dos veces. Puedo subir a ellos cuando están en movimiento, pero es difícil empujar la puerta. Una muchacha casi necesita indispensablemente a un hombre para esto. Hasta los hombres necesitan ayuda...

—¿Qué hizo todo el tiempo que anduvo por los caminos?

—"Hablaba casi todo el tiempo.

—¿Qué otra cosa hacía?

—"Leía.

—¿Qué libros?

—"La Biblia. Poemas.

—¿Qué poemas?

—"El paraíso perdido".

—¿Qué otras cosas?

—"Tengo un libro de poemas... una colección de ellos. Cualquier persona romántica gusta de la poesía. ¡Me encanta! Recorto poemas de los periódicos y los aprendo de memoria.

—¿Cuál es su poema favorito?

—"Hiawatha". ¿Parece broma, no? Pero me encantan las cosas de los indios y por eso me gusta "Hiawatha".

En el curso de la conversación, esta "hobo" hizo varias declaraciones reveladoras ante ciertas preguntas especiales que le formulara el sociólogo.

Pregunta: —¿Cuál es la experiencia más importante de su vida en los caminos?

Respuesta: —Cuando no podía encontrar agua para lavarme. Me desagradaba tener que acercarme a alguna casa y pedir permiso para lavarme

P.: —¿Este sentimiento es peor que el del hambre?

R.: —Sí; estar sucia es peor para mí que sentir hambre.

P.: —¿El hambre no la abate?

R.: —No, el hambre no me abate; pero siempre alegra tener algo que comer. De cualquier manera una no llega a sentir hambre hasta el segundo día.

P.: —¿Qué es lo más peligroso en los caminos?

R.: —Las gentes no adivinan el peligro que se corre trepando y arrojándose de los trenes en movimiento.

P.: —¿Cree usted haber perdido algo por deambular por los caminos, física o mentalmente?

R.: —No; por el contrario, creo que he ganado más de una cosa. Mi mente se ha ampliado.

P.: —¿Usa usted pantalones para andar por los caminos?

R.: —No. Los usé en una sola ocasión en que me regalaron un par, pero los abandoné en seguida. Todas las otras mujeres que he visto por los caminos usan pantalones o bombachas. A mí me agradan las faldas. Ellas (otras "hobos") usan pantalones para no ser molestadas y viajar en los trenes con los hombres.

P.: —¿Es usted religiosa?

R.: —Soy adventista del séptimo día. Llevé mi Biblia y el libro de poemas conmigo. Voy a la iglesia de vez en cuando. Me parece que a ustedes les resultará divertido que yo sea una persona religiosa. Bien, la cacerola no puede decirle a la olla que está negra. Ustedes no pueden arrojar piedras... eso es lo que dijo el Señor. Les doy ese ejemplo. Ustedes deberían hallarse por los caminos con ciertas cosas y tendrían que transar cuando las circunstancias obligan. Pero esto no quiere decir que yo no conservo mi religión.

En lo que al futuro que espera a esta mujer "hobo", un extracto de la conversación con su interrogador, ofrece alguna luz.

P.: —¿Dónde va a ir ahora?

R.: —No lo he decidido todavía. Puedo ir al Este (con su hermana). Ahora podría entretener a las gentes con charlas de andanzas por los caminos. Sí, no tengo decidido todavía lo que voy a hacer. Sí, voy a regresar a mi casa por mi propio acuerdo. Ellos (la oficina de tránsito) no me van a forzar para ello. Sí, me agradará verlos (la familia de la hermana). Siempre me trataron bien. Si no me agradara vivir con mi hermana, podría volver a los caminos.

P.: —¿No le será aburrida ahora la vida en la casa?

R.: —Quizá sienta el deseo de vagar nuevamente... Quizá ella (la hermana) se alegre de tenerme en su casa. De todas maneras podré marchar; ¿adónde? Adonde me se ocurra.

P.: —¿Tratará de obtener nuevamente ocupación?

R.: —Si me quedo en casa, dejaré de no hacer nada. Pero no me molestaré en buscar trabajo si ello sólo sirve para gastar las suelas de los zapatos.

En este caso, analizado por el sociólogo de la oficina de tránsito, hay un comentario, una predicción en realidad: Ella siente inclinación por la libertad de los caminos y el sentido de poder que da vivir absolutamente libre por las carreteras. Creo que se siente orgullosa de sí misma y cree ser muy superior a lo que era con anterioridad a sus correrías. Ha indicado que desea regresar a la casa, pero es probable que retorne a la vagancia. También ha dicho que no está dispuesta a gastar las suelas de sus zapatos buscando trabajo. Parece tener la noción de que en los caminos está su futuro... algo a lo que puede volver a caer, algo en lo que ha tenido éxito. Existen indicios de que ella continuará en esa situación de semivagancia para acabar por convertirse en errabunda incurable.

Una encuesta oficial recientemente efectuada, revela que existe en los Estados Unidos una mujer vagabunda por cada dieciocho hombres en esa misma condición. Alrededor del 20 por ciento de las mujeres vagabundas carecen por completo de techo o se alojan en casillas improvisadas. También nos revela este informe que se da proporcionalmente un mayor número de mujeres vagabundas menores de 21 años que de hombres que deambulan por los caminos. El 20 por ciento comparado con el 8 por ciento de hombres, mientras que los hombres en ese estado se cuentan en mayor proporción de los 45 años en adelante. (39 por ciento contra 26 por ciento).

Otra investigación entre las mujeres que comparecieron ante una corte de justicia para mujeres de Chicago, solamente una de cada diez evidenciaron síntomas de gravísima situación económica. Ello se debe a que las mujeres que allí eran conducidas — rateras, prostitutas, etc. — acudían a los trabajadores por ayuda inmediata. La gran mayoría de las jóvenes eran de condición tal que podían "salir del paso" sin esa ayuda. Los mismos trabajadores que las ayudaron, manifestaron que por lo que habían podido observar, las jóvenes que caen en la prostitución como último recurso en la desesperación que las aflige, no van muy lejos en "la profesión" y pronto la abandonan.

ilustración de andrés guevara.

Las Calles Secretas

POR

Pierre Mac Orlan

Ilustración de Guevara

El viejo "barrio" de Marsella tiene dos rostros: el del día y el de la noche. Se completan el uno con el otro. Es después de las diez de la mañana que, en amigo y vagabundo, hay que tomar la calzada hasta la Municipalidad y visitar lo que queda de la Marsella de antaño, cuando la ciudad estaba habitada por negreros opulentos, cuyas mansiones señoriales pueden verse aún en las calles estrechas habitadas por las hijas del vicio. Es allí, bajo entradas esculpidas, en patios donde se abren escaleras maravillosas, bajo escudos de armas en piedra ya semiborrados, que las pobres hijas de la Bouterie y de las calles vecinas esperan el cliente, que se ha vuelto raro. El famoso barrio reservado, que tuvo su lugar en la literatura, tiene pocos años para vivir. Se hunde lenta pero seguramente. La



mayor parte de las casas de las pocas calles que lo componen no se mantienen sino por milagro en pie, gracias a enormes vigas que sirven de puntales y recuerdan el esqueleto de una galera en construcción. Esos cuchitriles suntuosos no pueden sino sorprender. Hay en esas calles altas mansiones señoriales, habitadas por negros y chinos.

En una callejuela que da acceso a la calle Torte, he podido admirar de día y de noche uno de esos edificios que conocieron días fastuosos. Pelucas blancas endulzaban apenas perfiles de águila, rostros de bucaneros, de comerciantes aventureros enriquecidos por todas las combinaciones de alta mar. El pasado volvía ante mis ojos. No es posible nada más que en Marsella, en esta bella y acogedora "Marsiale", como se le dice en la jerga portuaria, contemplar este espectáculo extraordinario: hombres de color soñando, a pesar de todo, en sus islas natales, en edificios del siglo XVII y del siglo XVIII francés e italiano. Detrás de las fachadas que a veces ofrecen aún a la admiración ruinas de una elegancia patricia, la miseria se ha establecido, a fin de reinar como tirana cruel y despreocupada.

Desdichadas mujeres, que no son ya muy jóvenes, vigilan la calle y buscan la sombra como una cómplice. Salen a la calle y abren la puerta de sus bohardillas, en el momento en que los primeros faroles se prenden. Durante el día las cuatro o cinco calles del barrio reservado se libran a los barrenderos que las desembarazan de sus inmundicias. Chicos que van a la escuela los siguen jugando. A veces, antes del almuerzo, una mujer matinal, de cabellos rizados, enciende un cigarrillo delante de la puerta de su pequeño cuarto, donde se percibe un edredón lívido, hinchado, lo mismo que un ahogado de agua dulce.

Numerosos negros habitan este barrio. Son largos, flacos y vagabundos. Todos visten de "overall" y se cubren con una gorra. Erran como almas en pena hasta la plaza Víctor Gelu, donde contemplan los quioscos de diarios. Son los hombres de Mac Kay, los compañeros de Banjo: buenos muchachos, bohemios, haraganes y frecuentemente mantenidos, no por amoralidad consciente, sino por pereza natural. Son jugadores. Cuando uno ha leído "Banjo", de Claude Mac Kay, que vivió en Marsella, sabe todo lo que se puede saber acerca de los negros de la vieja ciudad. La hospitalidad de la "bella Marsiale" es dulce para estos desarraigados, y sus penas no provienen más que de los juegos por dinero y su humor susceptible. Las mujeres que les obedecen están en el declinar de sus vidas. Todo esto es demasiado triste, porque el vicio desaparece aquí bajo tanta miseria, que ya no es vicio, sino un accidente del hambre.

Si para Nueva York Harlem es el paraíso de los negros, se puede decir que ese paraíso, desprovisto de todo lujo terrestre, en Marsella está situado en las calles Bouterie y Lancerie y en la esquina de Reboul.

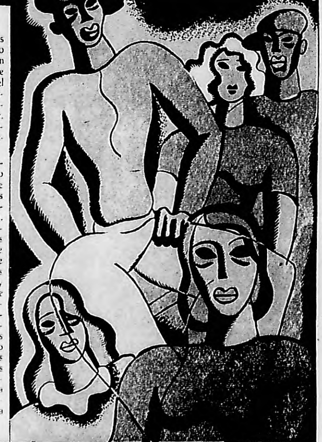
Los chinos, que hacen corral aparte, como los marroquíes, han elegido la calle Torte para vivir de diversos negocios, desde la venta de flores de papel, hasta los difíciles asuntos de engatusar a los ingenuos por distintos medios. Los marroquíes, que no siempre resultan unos buenos camaradas en las horas comprendidas entre la medianoche y el alba, habitan afuera del barrio, detrás de la gran puerta, hacia la calle Puvis de Chavannes y la de Chapeliers. Están en la proximidad de la calle de los Dominicanos, donde, detrás de soberbias verjas de hierro que protegen las ventanas del piso bajo, espían a cuadragenarias maquilladas, a quienes controla la policía.

Hubo un tiempo en que Marsella no era segura. Actualmente no es más peligrosa que París.

El viejo barrio reservado, durante la noche, toma un aspecto fantástico de buena ilustración para un cuento a la manera terrorífica. Sólo se ven gatos flacos, prudentes y muertos de hambre. Salen famélicos e inquietos de todas las puertas, de todos los cadalsos formados por los puntales que impiden caerse a los muros. Galopan entre el montón de basuras esparcidas sobre la calzada. Todas las basuras de las casas dormidas se exhiben sobre las veredas, esperando el alba o el diluvio.

No hay mujeres. Algunas viejas me interpelaron, en una especie de encrucijada donde lucen los avisos de los burdeles célebres. No había ni un cliente, ni un borracho en la calle. A ras del suelo, inclinándome a mirar por una claraboya, vi que se trataba de un dancing subterráneo, donde temblaba un banjo. Cuatro o cinco negros bailaban la "biguine", como se baila en la calle Blomet, de París, y, al parecer, en la Martinica.

La calle Torte estaba calma y silenciosa. Y, sin embargo, durante el día yo había encontrado numerosos chinos en banda. Se deslizaban como ratas, con pasos afelpados, de casa en casa.



Me apuré para salir de la atmósfera más asfixiante del barrio. Era la atmósfera del famoso año de la peste, que se dice fué importada por el brick del capitán Chateau, en 1700. A decir verdad, era fácil emprender un viaje remontando el tiempo e imaginarse, en esas calles desesperadas, en medio de esos detritus, las siluetas, demasiado ligeras, de los forzados abandonados por sus carceleros y que cumplían el servicio de enterradores.

El barrio reservado, en realidad, no existe más. Mucho antes de la catástrofe anunciada por llagas inquietantes en la carne de los viejos muros, los clientes lo habían abandonado. No quedaban más que las ratas..

A las once de la noche no había extranjeros de paso en la calle Bouterie. Hasta los soldados y marineros habían abandonado el viejo rincón. Las costumbres del día conducen a los aficionados a los amores fáciles hacia citas menos decorativas y más discretas.

Los barrios reservados de todo el mundo están muertos. Pronto no serán sino lugares emocionantes, como aquellos donde se elevaban las cárceles, donde se aprendía a remar sobre galeras y a arrastrar el pie impedido por una cadena infamante y una bola de cañón ridícula.



Peloponeso y Jazmín ★ *por Hamlim*

